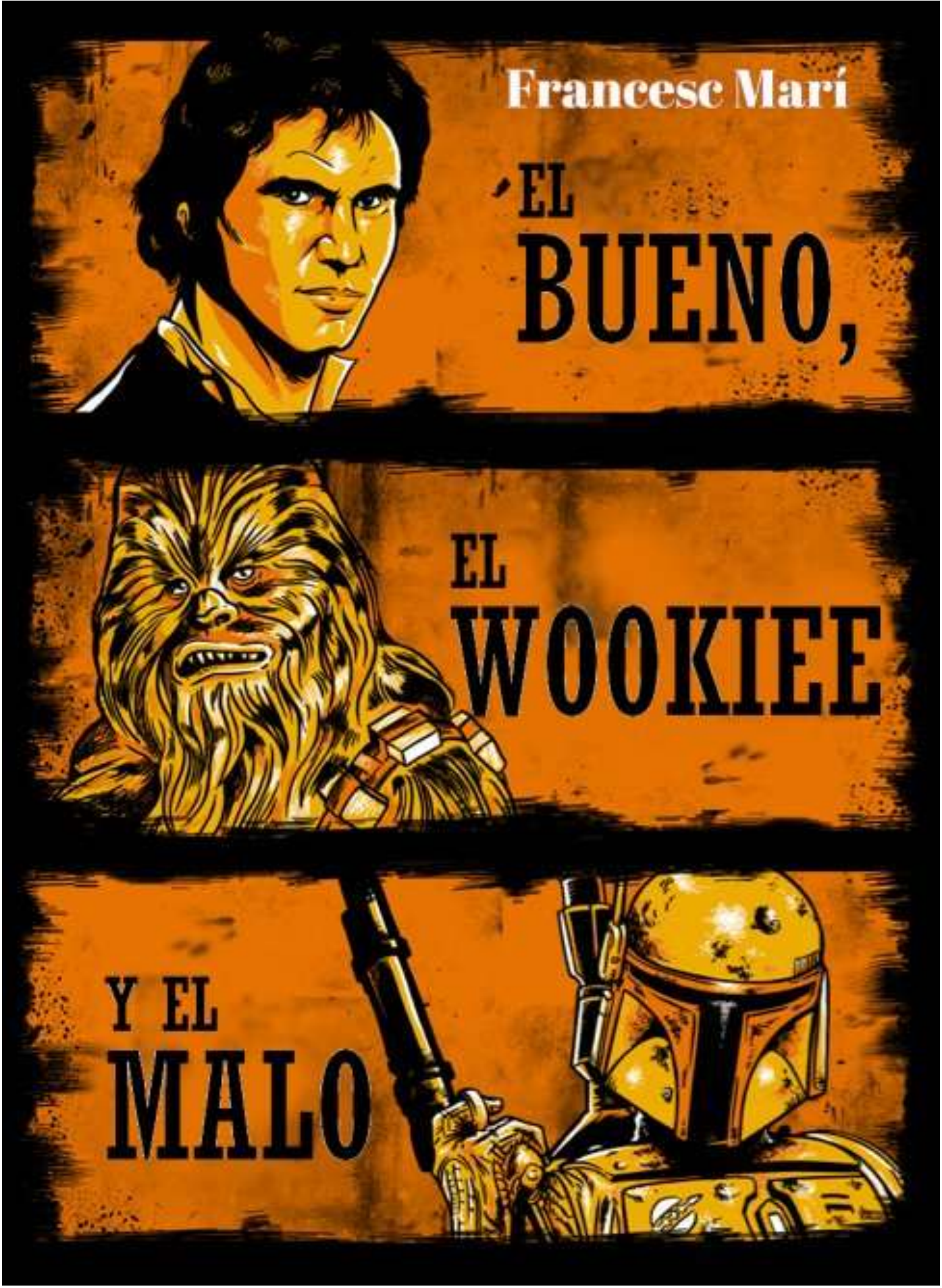
Francesc Marí
EL
BUENO,
EL
WOOKIEE
Y EL
MALO

En los desérticos páramos de los planetas más alejados del centro de la Galaxia, la ley no existe y es un caldo de cultivo para ávidos cazarrecompensas, asesinos a sueldo sin escrúpulos y ladrones de todo tipo, como Han Solo, Boba Fett y Chewbacca. Estos tres personajes dejarán a un lado sus peculiares carreras profesionales para ir tras la pista de un gran botín, mientras el Imperio se enfrenta a la Alianza Rebelde.

# El bueno, el wookiee y el malo

Francesc Mari

Autor: Francesc Marí

Publicado originalmente en epublibre, como One-shot 4 de la serie Mocktales #101

Publicación del original: 2016

Esta historia es fan-fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: ...

Maquetación: ePL, Bodo-Baas

Versión 1.0

31.05.20

Base LSW v2.22

# Declaración

Todo el trabajo de creación, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

# I

Un sol de justicia brillaba en el cielo de Lothal en el preciso instante en que uno de sus gatos autóctonos cruzaba la única calle de aquel pequeño asentamiento de granjeros. Solo tres siluetas se perfilaban en el horizonte, mientras las pocas prendas de ropa que llevaban se movían por una suave brisa de verano. Nadie hubiera sabido de dónde habían salido, habían dejado sus respectivas naves lo suficientemente lejos para que ninguna persona los viera o los oyera llegar, y mucho menos su objetivo. Con paso decidido fueron avanzando hacia el edificio más alto del asentamiento, que parecía algún tipo de restaurante o cantina para los granjeros, en el que poder descansar de sus duras jornadas de trabajo o del sol abrasador, como el que estaban haciendo sudar a los recién llegados. O así lo hubiera hecho si se hubiera tratado de hombres corrientes, pero los dos androides y el trandoshano no sudaban, algo que les facilitaba su trabajo como cazarrecompensas.

Alrededor de los tres forasteros solo se escuchaba el ulular del viento y la contundencia de sus pasos, no había nada más que perturbara la calma que parecía reinar en aquel lugar apartado de Lothal. Los dos androides por el este y el trandoshano por el oeste se acercaron a la puerta principal del pequeño establecimiento. Se intercambiaron miradas tensas, no se caían bien, sin embargo, sabían que debían unir fuerzas para conseguir su objetivo, y la recompensa era lo suficientemente grande como para ser dividida en tres partes.

Sin que ninguno de ellos tuviera que articular palabra, desenfundaron sus armas al mismo tiempo que cruzaban la puerta principal abriendo fuego sobre su presa, sabiendo que este estaría desprevenido, por lo que sería fácil sorprenderlo.

En cuanto los tres cazarrecompensas hubieron desaparecido en el interior de la cantina, el silencio se vio quebrantado por el ruido de los disparos láser de sus armas… ¿o no? Tras los disparos, un grave gruñido de wookiee resonó en las colinas que rodeaban el asentamiento y un enorme ser peludo atravesó la ventana del local, con una servilleta atada al cuello, la osamenta de un porg en la mano izquierda y una ballesta láser todavía humeante en la derecha. Serrando los dientes y con el ceño fruncido —y no era para menos, habían interrumpido su almuerzo—, miró a ambos lados de la calle para asegurarse que no hubiera nadie más acechándolo y se montó en el speeder más cercano para desaparecer del lugar dejando tras él solo una larga estela de polvo.

Un instante después, las puertas de aquel bar se abrieron súbitamente y salió el trandoshano malherido aun blandiendo su bláster, e intentó alcanzar al wookiee, pero sin éxito. En su lugar, en su último aliento, cayó de espaldas de nuevo hacia el interior del local junto a sus dos socios, que yacían sin vida —si es que un androide la podía tener— con los cuerpos convertidos en auténticos coladores.

Mientras la luz los dos soles empezaba a descender por el horizonte, un pequeño de melena rubia estaba haciéndose cargo del mecanismo de evaporación de la granja de humedad de sus tíos en el desierto de Tatooine. El muchacho hacía su trabajo despreocupado, ocupando su mente con otros pensamientos, con un futuro repleto de aventuras a lo largo y ancho de la galaxia. Pero de momento aquello solo eran sueños de infancia, quién sabe si alguna vez los llegaría de cumplir, por ahora debía asegurarse que aquellos aparatos hacían su trabajo como debía ser, sino recibiría una reprimenda de su tío Owen.

De repente, algo llamó su atención, hacia el oeste, en ese desierto en el que nunca sucedía nada, una polvorienta nube de arena se alzaba hacia el cielo. Al principio no supo qué pensar o qué hacer, pero en cuanto vio de qué se trataba, no lo dudó un instante. Abandonó las evaporadoras a su suerte y corrió hacia el interior de la granja. Debía avisar a sus tíos.

Segundos después, una deteriorada armadura mandaloriana brilló con los reflejos de las últimas luces del día flotando sobre un speeder personalizado. Con gesto imperturbable, el recién llegado aminoró la marcha y detuvo su vehículo en la entrada de la granja. Tras dar unos pasos, el mandaloriano —ya que nadie que no lo fuera tendría el atrevimiento de lucir una de aquellas armaduras— examinó la granja a través del visor de su casco. Era como si no hubiera nadie en kilómetros a la redonda. Sin embargo, él no era un pobre viajero agotado por el viaje, sabía a dónde se dirigía, del mismo modo que sabía que encontraría a aquel que quería ver… aquel que debía ver.

Sin prisa, se acercó a la puerta de la granja y se apoyó en su umbral, viendo como en su interior nadie salía a recibirlo. Por un momento pensó que tendría que jugar al ratón y al gato, pero instantes después un hombre ataviado con ropas humildes y barba mal afeitada asomó la cabeza al fondo de la casa acompañado por el muchacho de mechones rubios que un instante antes había abandonado sus tareas en los evaporadores. El granjero le sostuvo la mirada al forastero. No podía verle los ojos, pero sabía que sus pupilas lo estaban observando detenidamente.

Con un fugaz gesto de la cabeza indicó al muchacho que se sentara a la mesa que parecía lista para cenar, y acto seguido también apareció una mujer, su esposa, cuyas temblorosas manos sostenían un bol lleno de comida. Aunque nadie hubiera dicho nada, todos parecían conscientes del peligro que corrían. Beru, que así se llamaba la esposa de Owen, dejó el bol en la mesa, y su joven sobrino se abalanzó entusiasmado para llevarse un bocado en la boca. Pero antes de que pudiera servirse un buen plato de comida que le ayudara a recuperar las fuerzas perdidas en los evaporadores, Beru posó sus manos sobre los hombros de Luke, y, contraviniendo los deseos de su marido, lo instó a que lo acompañara a otro lugar, lejos de la amenaza que suponía aquel mandaloriano.

Cuando los dos hombres estuvieron solos, Owen ocupó su sitio en la cabecera de la mesa y empezó a servirse un plato del bol que su mujer acababa de traer. Como si aquello fuera una invitación, el forastero se acercó a la mesa y miró fijamente a su anfitrión. Tras unos segundos durante los cuáles ambos hombres se sostuvieron las miradas, el

mandaloriano se quitó su casco, dejando a la vista una tez morena surcada por las arrugas. No era joven, eso no podía negarlo, pero nadie en su sano juicio se hubiera atrevido a llamarlo viejo.

Tras dejar su casco a un lado, ocupó un asiento al otro extremo de la mesa, y sin dejar de mirar a los ojos al granjero, se hizo con un plato y se lo llenó con copiosas cucharadas.

—¿Te manda Ramiz? —preguntó al fin Owen Lars.

Al oírlo, Boba Fett esbozó una sonrisa.

—Dile a Ramiz que no tengo nada más que contarle —añadió entre titubeos el granjero—. Dile que quiero vivir tranquilo, que es inútil que siga atormentándome. ¡No sé nada de esa maldita caja de créditos imperiales! ¡He cumplido lo que acordamos! Y si me hubiera hecho caso la caja no habría… desaparecido —terminó apesadumbrado, sin embargo, las ganas de hablar de Lars eran insaciables—. Se investigó, pero no se ha sabido nada. ¡No sé más de lo que sabe Ramiz! Solo esto le puede decir.

Después de aquella perorata parecía que no hubiera replica posible, pero Fett no tenía intención de amilanarse, y menos frente a un granjero.

—Ha venido uno a verte… y Ramiz lo sabe…

Lars sorbió de su cuchara, pero se atragantó cuando Fett concluyó su frase:

—Un tal Dreis.

Ambos hombres se dedicaron sendas miradas, el granjero de preocupación, el cazarrecompensas de superioridad.

—Di, ¿ha estado un tal Dreis aquí? —Boba Fett mostró una hilera de brillantes dientes cuando sonrió antes de añadir—: ¿O Ramiz se equivoca? ¿Eh?

Sin dejar de sonreír, Fett se llevó una cucharada de comida a la boca sin dejar de mirar a Lars. Como si más que una mirada lo que le estuviera clavando fuera un cuchillo, el granjero bajó la cabeza y admitió:

—No se equivoca.

—A Ramiz le gustaría saber lo que has hablado con ese Dreis a propósito de aquella caja. —No era una pregunta, sino más bien una orden. Sin embargo, Fett volvió a reír, y dijo—: Pero yo no he venido por esto, no me pagan por investigar, quiero saber por qué se hace llamar ahora Dreis.

—¿Por qué crees que ha cambiado de nombre? —dijo Lars devolviendo la pregunta.

—Tú sabes que es verdad, y cuando busco a alguien siempre lo encuentro, por eso me pagan.

La sonrisa que había en el rostro de Fett era cada vez más grande, a medida que el sudor de la frente de Lars se hacía más espeso.

—Y, ¿cuánto te paga Ramiz?

Fett río.

—¿Es tu familia? —le preguntó al granjero.

Al principio Lars no lo comprendió, pero después miró hacia una de las paredes del comedor, y en ella vio colgada una imagen holográfica de su esposa, de su sobrino y de él

mismo frente a su granja. Temeroso de lo que pudiera comportar su respuesta, Lars bajó la mirada y farfulló:

—Sí.

—Hermosa familia —afirmó Fett.

Entonces Lars no pudo contenerse más, y con los nervios a flor de piel exclamó:

—Y, ¿cuánto te da por matarme?

—Quinientos créditos… —respondió con sorna el cazarrecompensas, y después añadió—: Por ese nombre.

Durante un instante el granjero no dijo nada, y aunque Fett tenía paciencia, no tenía tiempo que perder.

—El nombre —insistió.

Owen Lars hacía ya un rato que había comprendido que su vida dependía de que diera las respuestas correctas a las preguntas del mandaloriano, así que finalmente, dijo:

—Darklighter, Biggs Darklighter. Así se hace llamar ahora.

Habiendo conseguido la información que tanto anhelaba, Boba Fett mostró la más amplia de las sonrisas que hasta ahora dedicado al granjero. Este, por su lado, lentamente se acercó a la alacena y abrió un cajón. De su interior sacó un montón de chips de créditos imperiales dentro de un pequeño saco atado con un cordel, y lo arrojó frente a Fett.

—Ten, aquí hay mil. Para ti.

Sin atisbo de sorpresa, Fett miró los créditos y alzó la mirada hacia el granjero.

—Mil créditos, una bonita suma. —El mandaloriano no era un hombre fácil de sorprender—. Pero también él ha pagado y yo tengo mis reglas: cuando uno me paga, siempre termino mi trabajo.

Tan solo le costó comprenderlo unos segundos, pero cuando lo hizo fue demasiado tarde. En cuanto, Lars quiso desenfundar, Fett ya tenía el dedo en el gatillo de su bláster, y no dudó en apretarlo.

El sonido del disparo resonó entre las paredes de la granja, alertando a la pequeña familia del granjero.

Como si no hubiera acabado de sesgar la vida de un hombre, Boba Fett se levantó del asiento que había ocupado hasta entonces, se recogió los créditos de Lars y se puso el casco de su armadura.

Fue entonces cuando la esposa de Owen Lars creyó ver la oportunidad de disparar al hombre que acababa de arrebatarle la vida a su tío el viejo rifle de caza… pero en su lugar se encontró con que el mandaloriano ya lo observaba a través del visor de su casco. Era demasiado tarde.

De un solo disparo, agujereó el estómago de la mujer que cayó al suelo, no muy lejos del granjero, bajo el cual ya crecía un charco de sangre.

Como había entrado en la granja, Boba Fett recorrió el camino para salir de aquel lugar, pasando por encima de los cuerpos de los Lars, para desaparecer de la misma manera con la que había hecho de acto de presencia… imperturbable.

En cuando un joven Luke Skywalker apareció en el lugar y descubrió los cuerpos de sus tíos, el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor y se desplomó, inconsciente.

# II

La noche se había cernido sobre las llanuras y desiertos de Tatooine. Los dos soles habían desaparecido al otro lado del horizonte, y solo se oían los grillos que habitaban en los pocos matorrales que había en el planeta.

Al abrigo de la oscuridad, un extraño se había escabullido al interior de la granja de Ramiz, solo acompañado por un farol de luz, un aparato que no dudó en dejar sobre la mesilla de noche, junto a la cama del viejo granjero, que yacía en un enfermizo duermevela.

Aunque de forma muy sutil, la trémula luz del farol despertó a Ramiz, que alzó la mirada, al principio asustado por la inesperada visita… pero en cuanto descubrió los fuertes rasgos de Boba Fett marcados por las sombras, dijo:

—¡Ah! Eres tú. ¿Ha hablado? —preguntó impaciente.

—Demasiado —respondió el mandaloriano sentándose junto a la cama—. Ha dicho cosas que te interesan a ti… y otras que me interesan a mí.

—Sigue —pidió Ramiz.

—El nombre que utiliza ahora Dreis es Biggs Darklighter.

Ramiz rio débilmente al conocer la noticia.

—Esto para ti —apuntó Fett.

—¿Qué más? —volvió a preguntar el granjero sediento por saber lo que tanto anhelaba.

Complaciente, Boba respondió:

—Después ha hablado de cierta caja que ha desaparecido y que estaba llena de créditos… Esto me interesa a mí —quiso aclarar el mandaloriano.

—¿Es todo? —quiso saber Ramiz.

—No te parece suficiente —respondió con una risa Fett—. Pero no te preocupes, ya no volverá a hablar con nadie.

En cuanto escuchó la noticia de la defunción de su viejo camarada, la energía pareció volver al cuerpo de Ramiz, que no tardó ni un instante en sacar, de debajo del colchón que ocupaba, unos chips de créditos desgastados y atados con un cordel, tan harapiento como su casa o él mismo.

—Ten, cuéntalos, son tus quinientos créditos… Quinientos créditos —dijo tosiendo.

Con los créditos entre sus manos, Boba Fett volvió a hablar:

—¡Ah! Se me olvidaba… él me ha dado mil —comentó como si no tuviera importancia el cazarrecompensas mientras se ponía el casco que había llevado colgando al cinto hasta entonces—. Figúrate, quería que te matara.

Al decirlo, Fett empezó a reír, provocando que el viejo granjero se contagiara de esas diabólicas carcajadas, llegando incluso a reír más que el propio mandaloriano. Pero este, poco a poco, dejó las risas y volvió a reinar la frialdad de su casco.

—El caso es —dijo mientras cogía uno de los cojines de la cama de Ramiz—, que cuando alguien me paga, siempre termino mi trabajo. Tú deberías saberlo.

Enfermo y débil como estaba, Ramiz no pudo hacer nada cuando Fett puso el cojín sobre su rostro.

—No, Boba Fett… ¡No! ¡Boba Fett!

Ni tan siquiera sus súplicas detuvieron al mandaloriano, que desenfundó su bláster y disparó cuatro cargas sobre el rostro del granjero a través del tejido. A diferencia de cuando había acabado con la vida de Owen Lars, en esta ocasión el cazarrecompensas mostró su verdadero rostro y soltó una escalofriante carcajada a la vez que apagaba el farol de luz.

El speeder del wookiee recorría las llanuras de Lothal a toda velocidad cuando, sin que él tuviera tiempo de reaccionar, el disparo de un bláster resonó a su alrededor y, un instante después, perdió el control de su vehículo del que tuvo que saltar antes de que se estrellara en una roca a unos metros de distancia.

Con su piel recogiendo el polvo del suelo, el impulso obligó al wookiee a revolcarse por el suelo, perdiendo su ballesta por el camino. Al sentir su ausencia, se arrastró por el suelo para recuperarla, pero cuando las yemas de sus dedos rozaron su empuñadura, una voz lo interrumpió:

—Detente amigo, no te conviene, somos tres —dijo una mujer casi humana, cuya fama era bien conocida en la galaxia, apuntándolo con un bláster.

El wookiee se levantó del suelo despacio, dejando su ballesta en el polvo, para no asustar a los cazarrecompensas que parecían dispuestos a arruinarle el día… otra vez.

Aurra Sing abandonó su posición y se acercó a él sin bajar su arma, mientras que sus dos secuaces lo rodeaban por otros dos flancos, mientras el wookiee los miraba de reojo, como si tuviera miedo de ellos.

—¡Eh, oye! ¿Sabes que tú cara vale a la de uno que vale dos mil créditos? —dijo uno de ellos mostrando un holograma imperial de búsqueda y captura, a la vez que los tres empezaban a carcajearse, como si creyeran que, por fin, habían capturado al wookiee más famoso de la galaxia.

Sin embargo, y para sorpresa de los cuatro, una quinta persona se unió a ellos.

—Sí —afirmó con firmeza interrumpiendo sus palabras y, con sorna, añadió—: pero tú no te pareces al que los va a cobrar.

Un humano de una edad indefinida, que bien podía tener veinte como casi cuarenta años, dependiendo de la actitud que quisiera adoptar frente al resto del mundo, se inmiscuyó en su pequeña «fiesta» sin empuñar ningún arma, pero demostrando que era lo suficientemente rápido para desenfundar antes que cualquiera de ellos.

—Da dos pasos atrás —le ordenó al que aún sostenía el holograma del wookiee en su mano.

Aurra Sing y sus hombres se situaron en fila a los lados del wookiee, que seguía sin abrir la boca, mientras intercambiaban miradas incómodas. Aunque su vida se había

desarrollado entre tiroteos, disparos y explosiones, en aquella ocasión pensaban que el peludo criminal sería una presa fácil y lucrativa… Pero no se rendirían tan fácilmente, por lo que, mientras solo se oía el soplar del viento y las respiraciones incómodas del wookiee, desenfundaron sus armas ágilmente.

Con lo que no contaban era que, frente a ellos, estaba Han Solo… que siempre disparaba primero, interrumpiéndolos cuando ya podían palpar el éxito con los dedos. Solo con tres disparos se deshizo de los tres, cuyos cuerpos sin vida cayeron al suelo levantando nubes de polvo alrededor del wookiee emitió un pequeño gruñido de agradecimiento.

Lentamente y con el ceño fruncido por la luz del sol de Lothal, Han Solo se acercó a él con paso firme pero sin prisas, mientras volvía a enfundar su arma en la cartuchera que llevaba atada a su pierna.

Confiado, el wookiee se agachó para coger su ballesta, pero Han Solo la pisó, para que no pudiera levantarla. Extrañado, el otro volvió a levantarse, alzándose un buen par de cabeza por sobre la de Solo, y lo miró alzando una ceja con suspicacia.

—¿Y cuánto vales ahora? —le preguntó el humano.

El wookiee emitió un gruñido lánguido, como si estuviera obligándolo a decir algo que ambos ya sabían.

—No está mal, dos mil dólares —repitió Solo, a lo que el wookiee dio un alarido satisfecho, orgulloso por ser valorado con aquella cantidad, convirtiéndolo en una complicada carcajada… como la de cualquier otro wookiee.

Sin ni tan si quiera poder darse cuenta, ese mismo wookiee, el mismo que se había librado de seis cazarrecompensas, se encontraba atado a la parte trasera del speeder de Han Solo, mientras este lo conducía al interior de un pequeño asentamiento.

Con la ira del humanoide peludo desatada, este no hacía más que gritar, gruñir y lanzar todo tipo de improperios en su lengua natal, que, aunque eran pocos la que la podían hablar, todo podían comprender el significado de lo que estaba diciendo, solo con el odio que transmitía a través de sus ojos y al mostrar sus dientes.

Sin prestarle atención a su captura, Han Solo detuvo el speeder frente al puesto de la guardia imperial y, de un tirón, hizo bajar el wookiee de la parte trasera, mientras este no hacía más que lamentarse y quejarse, protestando por sentirse débil bajo el ardiente sol de Lothal. Pero, cuando Solo estuvo lo suficientemente cerca de él, el wookiee abrió sus fauces tanto como pudo y bramó frente a la cara de su captor, rociándolo con espesas babas. Sin embargo, sin perturbarse ni un ápice, el cazarrecompensas le golpeó el hocico con el revés de la mano y lo empujó, derribándolo al suelo, mientras él se adentraba en el puesto imperial.

Segundos después, del interior del pequeño edificio prefabricado que el Imperio había instalado en aquel lugar, salió un oficial imperial que se acercó al wookiee; este probó de resistirse y alejarlo, pero el oficial le dijo en tono imperativo:

—Quieto, quieto. —Para después sentarse sobre su pecho y mostrarle el holograma con su rostro, a la vez que le decía—: Mira esto, ¿reconoces esta cara? Es la tuya.

Habiendo comprobado que la presa era la misma que buscaban, el oficial se levantó de su peludo asiento y se guardó el holograma, mientras que el wookiee volvía a gruñir enfurecido. Aunque un poco reticente, el oficial extrajo de uno de sus bolsillos unos relucientes créditos que Han Solo esperó que le depositara en su mano, gozando por el negocio recién realizado.

Sin dirigir la mirada al wookiee y con los bolsillos llenos, Han Solo abandonó el lugar dejando al habitante del malogrado Kashyyyk retorciéndose en el suelo, gritando y resistiéndose al grupo de soldados imperiales que lo cogían y se lo llevaban al interior de su puesto.

A pesar de su aspecto y de ser incapaz de hablar el idioma básico galáctico estándar, el wookiee era plenamente consciente de que un ser con un historial como el suyo, sería víctima de un juicio rápido y de una ejecución aún más rápida… y no se equivocaba.

Aquella misma tarde, apenas unas horas después de que Han Solo lo hubiera capturado de las manos de Aurra Sing y sus secuaces, sus pies descalzos pero resistentes pisaban la trampilla del cadalso del puesto imperial, mientras que su cuello estaba rodeado por una fuerte cuerda sintética que le impedía respirar antes de la hora final.

El silencio se había apoderado del lugar, como una suerte de falsa solemnidad por el hecho de ajusticiar aquel criminal buscado en todo el Imperio, siendo casi un criminal del estado; sobre el cual solo se podía oír la voz del oficial imperial anunciando la lista de crímenes cometidos por el wookiee:

—Ya reclamado en catorce sistemas, ha sido reconocido culpable del delito de homicidio, robo a mano armada en perjuicio de particulares, bancos y servicios postales del Imperio, robos sacrílegos, incendio de una cárcel imperial, perjurio, tráfico de animales exóticos y de mercancías peligrosas, chantaje y encubridor de robos, tráfico de moneda falsa, uso de dados cargados y barajas marcadas, agresión y lesiones contra particulares…

Alrededor del cadalso, se habían reunido todos los habitantes de aquel pequeño puesto, estuvieran bajo el servicio imperial o simples granjeros, para ver como acababan con un ser de tal vileza. Sin embargo, mientras todos permanecían atentos a las palabras del oficial, en la azotea de un edificio no muy lejano, Han Solo asomó su cabeza.

—… Por lo tanto —siguió diciendo el oficial—, con arreglo a la facultad que se nos confiere condenamos al aquí presente… —Entonces el oficial dudó un instante al ver la difícil fonética con la que se escribía el nombre del wookiee y, sin estar muy convencido, emitió un extraño gruñido gutural.

—Chewie para los amigos —murmuró Han Solo desde su escondite.

Tras unos segundos de duda por si alguien había comprendido correctamente el nombre del wookiee, el oficial se aclaró la garganta y prosiguió:

—Condenamos al aquí presente, a morir en la horca. —Hizo una pausa esperando que el wookiee mostrara algún signo de arrepentimiento por todos sus crímenes, y, al ver que no reaccionaba, ordenó a sus hombres—: Procédase.

De un grupo de soldados imperiales, uno se acercó a la palanca que accionaba la trampilla que había bajo los pies de Chewbacca, acercando lentamente su mano a ella… pero antes de que pudiera tirar, un disparo de bláster atravesó su palma, obligándolo a arrodillarse de dolor; y antes que el resto de los soldados pudieran reaccionar, otro disparo cortó la cuerda que rodeaba el cuerpo del wookiee, que no dudó un instante en salir corriendo del lugar.

Desde la azotea, Han Solo disparó al resto de soldados hasta que Chewie desapareció de su vista y, entonces, giró sobre sus talones, saltó por los tejados que había en la parte trasera de aquel edificio hasta que sus piernas quedaron colgadas a ambos lados de su speeder, que arrancó de inmediato, dejando atrás una polvorienta estela.

# III

Unos cuantos relucientes créditos imperiales cambiaron de mano.

—Toma, cinco para ti… Uno, dos, tres, cuatro y cinco para mí. Otros cinco para ti y otros cinco para mí —dijo Han Solo con una sonrisa guardándose sus mil créditos en el bolsillo de su chaleco.

Él y Chewbacca estaban a la sombra de una colina en el desierto de Lothal, no muy lejos de ellos había dos speeder, y ambos se sentían los reyes del mundo por el negocio que acababan de hacer… sobre todo el humano, que no había tenido que arriesgar su cuello.

—¿Sabes cuánto vales ahora? —le preguntó Solo a su socio.

El wookiee negó con la cabeza mientras gruñía.

—Tres mil créditos —anunció el humano.

Chewbacca, que estaba sentado apoyando la espalda en la pared de la colina, suspiró y se echó hacia atrás juntando sus manos tras su cabeza, mientras murmullaba algo en su gutural idioma. Sin embargo, pasados unos instantes, volvió a incorporarse y apoyó sus brazos en sus piernas, y gruñó algo con seriedad mientras se señalaba el cuello.

Han Solo sonrió.

—Sí, es verdad que te expones, pero yo soy el corta… y si tú me rebajas mi porcentaje… bueno, yo podría fallar la puntería —afirmó con una amplia y falsa sonrisa en sus labios.

Chewie gruñó, aunque no estaba muy de acuerdo, no podía negar que su vida dependía del buen ojo de su socio; pero no por ello evitó amenazarlo de la misma forma velada que lo había hecho Solo.

El cuello de Chewbacca suspiró, volvía a estar rodeado por una cuerda y, en esta ocasión, sus pies no estaban sobre la trampilla de un cadalso, sino sobre un speeder en marcha… las costumbres cambiaban según el sistema, esa era la de Cantonica; mientras que otro oficial imperial volvía a repasar sus crímenes:

—Ya reclamado en quince sistemas, el aquí presente, Chewbacca, ha sido declarado culpable por este tribunal de los siguientes delitos: robo a mano armada, descarrilamiento de un convoy con coaxium refinado en Vandor, evasión de cuatro cárceles imperiales, tráfico ilegal de armas…

Al escuchar sus crímenes, una mujer que había observado al condenado a muerte se escandalizo cuando el wookiee gruñó y enseñó sus dientes.

No muy lejos de ahí, viendo el espectáculo resguardado en las sombras de un pequeño porche de un comercio local, Boba Fett sonreía bajo la cubierta de su casco.

—¡Eh, Fett! —Una voz lo distrajo a su espalda.

El cazarrecompensas se giró y vio cómo se acercaba a él un tullido con el uniforme del oficial del Imperio flotando en una extraña plataforma. La guerra entre el Imperio y la Rebelión había condenado a muchos soldados de ambos bandos a perder partes de su cuerpo, pero, por suerte, la medicina estaba lo suficientemente avanzada para que, por ejemplo, aquel hombre que había perdido todo lo que había de su ombligo para abajo, pudiera vivir con cierta normalidad.

—¿Qué has sabido? —le preguntó Fett cuando el otro se situó frente a él.

—Bueno, parece talmente una novela —dijo el otro emocionado—, los rebeldes atraparon en una emboscada a la escolta que llevaba la caja con los créditos del Imperio, solo tres salvaron, Branon, Porkins y Dreis, pero nada se sabe de la caja de los créditos, se celebra el juicio y absuelven a Dreis. —Boba Fett escuchaba con atención las palabras del tullido, por lo que este prosiguió con su discurso—: Pero, al cabo de poco, desaparece, y se transforma en Biggs Darklighter.

—Sí, eso ya lo sé —dijo el mandaloriano.

El tullido soltó una grotesca carcajada.

—Lo que yo sé también como tú es porque lo buscas, no quisiera verme en su pellejo.

Entonces, Boba Fett sacó de un bolsillo de su cinturón una pieza de créditos y se la lanzó al tullido.

—¿Dónde está Darklighter? —le preguntó.

—Sé que ha vuelto a enrolarse y que ha perdido un ojo en un combate, una tal Cesi podrá informarte, una pendona que está ahora con él —explicó el tullido.

—¿Por dónde anda?

El tullido se tocó el mentón y miró al cielo.

—A ver, ¿cómo se llama ese pueblo? —se preguntó en voz alta fingiendo no recordarlo—. Mira que el nombre es fácil.

Boba Fett, que pilló la indirecta, le lanzó otro crédito y, casi por milagro, el hombre recobró la memoria de inmediato.

—Ambria.

El cazarrecompensas lo observó durante un instante mientras procesaba la información y planeaba su siguiente jugada y, sin más, se despidió del tullido con un simple:

—Adiós… medio soldado.

Boba Fett cruzó el pueblo pasando por la plaza en la que se estaba a punto de ajusticiar a Chewbacca, al que solo miró de reojo, mientras el oficial imperial seguía leyendo los crímenes del wookiee, y subió en su speeder, que lo esperaba en la sobra de un pequeño taller local.

—Pobre, que horrible tiene que ser —afirmó la mujer que dirigía el modesto negocio.

—No es suficiente una soga para ahorcarle —respondió Fett mientras se acomodaba en su asiento.

—¿Qué quiere usted decir?

El cazarrecompensas miró a su alrededor a través del visor de su casco.

—Que hasta un harapiento como ese tiene su ángel de la guarda —respondió observando cuando les rodeaba hasta que, no muy lejos de allí, descubrió a Han Solo, contemplando la escena protagonizada por Chewie atentamente—. Un ángel que vela por él.

La mujer lo miró sin poder comprender sus palabras, pero poco le importaba a él, otros asuntos tenía en su mente para preocuparse por los tejemanejes de un wookiee y un humano que recorrían la galaxia estafando al Imperio.

Chewbacca gruñó cuando el oficial imperial ordenó con un grito:

—¡Procédase!

Uno de los soldados aceleró el speeder y, justo en ese instante, Han Solo efectuó un disparo… que no fue suficiente, solo arañó la cuerda que rodeaba el cuello del wookiee que quedó colgando de la horca mientras que el humano intentaba resolver aquel error con un segundo disparo que tampoco resultó. Pero no ocurrió lo mismo con el tercero, que liberó al wookiee que corrió en su dirección alzando sus manos atadas y profiriendo alaridos como un loco, mientras Solo disparaba sobre los soldados para procurarles una huida.

Guardó su arma de precisión en las alforjas y arrancó su speeder para ponerse a la altura del wookiee, que saltó a su espalda montándose el vehículo. Una vez más, los dos habían conseguido huir con vida del lugar dejando a todos los miembros del imperio con las bocas abiertas y poco más pobres.

Tras recorrer la suficiente distancia para despistar a sus posibles perseguidores, Han Solo aminoró la marcha su speeder en mitad de las praderas del planeta Cantonica. A su espalda, Chewbacca iba gruñendo a su oído.

—Sí, ya, es peligroso —respondió Han Solo a las largas explicaciones que el wookiee le daba con bramidos a la vez que detenía su vehículo, y, tirando de las cuerdas que aún ataban a Chewie, añadió—: Tienes razón, bájate.

Aquel gesto extraño al gigante peludo que miró a los ojos de su supuesto socio.

—Y, además, hay que considerar que un ladrón de porgs como tú, nunca valdría más de tres mil créditos.

Chewie gruñó levemente torciendo la cabeza.

—Que con un wookiee como tú no veo porvenir, francamente.

El wookiee murmuró algo entre dientes.

—Que voy a disolver la sociedad —afirmó con frialdad Han Solo y, al ver que Chewbacca miraba los nudos que ataban sus manos, añadió—: No, no, he dicho sociedad, te puedes quedar atado, y los tres mil créditos se vienen conmigo.

Al oír las palabras del humano, el wookiee empezó a gruñir cada vez con más intensidad, pero fue como si hablara con las paredes.

—El pueblo más cercano está a setenta millas de aquí —le dijo Han mirando hacia el oeste—. Si administrar el resuello serás capaz de llegar… Lo siento.

Mientras Chewbacca lo seguía amenazando en su lengua materna, haciendo que sus alaridos resonaran en aquel desolado paraje, Han Solo volvió a arrancar su speeder y abandonó al que había sido su socio hasta entonces, pero no sin antes mirar atrás y decirle:

—Que ingrato, después de las veces que te he salvado la vida.

Entonces fue cuando el wookiee, al ver su inevitable destino, gritó con todas sus fuerzas como el animal enfurecido que era.

Lejos de allí, en Ambria, una nave de superficie con un grupo de soldados imperiales borrachos llegó a un pequeño pueblo de granjeros y, sin apenas detenerse, se deshicieron de una chica twi'lek, arrojándola al suelo.

—La señora ha llegado —anunció uno.

—¡Adiós, zorra! —exclamó otro, antes de que su pequeña nave se alejara del lugar.

Ella se alzó del suelo y observó como aquel grupo de soldados que se suponían que debían defender el pueblo, se alejaban de ella, después de haberla usado como un trapo viejo.

—Cabestros —gritó con amargura, y sin fuerzas para más, se dio la vuelta y entró en un pequeño hotel en el que pasaba las noches.

Pero solo cruzar el umbral, escuchó como alguien pronunciaba su nombre.

—Ceis —susurró una voz femenina.

—¿Eres tú, Biggs? —preguntó ella acercándose a sus modestos aposentos, y con la alegría en los labios corrió hacia el que creía que era su amante.

Sin embargo, cuando cruzó su puerta, sintió como alguien la agarraba con fuerza y la arrojaba a un lado; entonces, Boba Fett encendió la luz de la habitación, revelando su identidad.

—¿Quién eres? —preguntó la twi'lek, asustada—. ¿Qué buscas aquí?

—Quiero hablar con Biggs Darklighter —afirmó el mandaloriano siendo más una orden que una petición.

—No le conozco.

Fett se acercó a ella y le preguntó:

—¿No lo conoces y lo llamas en la oscuridad?

Y antes de que la chica pudiera defenderse, él la abofeteó con el dorso de su mano.

—¿Dónde está? —insistió el cazarrecompensas acercándose a ella e invadiendo su espacio personal.

—¿Qué le vas a hacer? —preguntó.

Boba Fett empezaba a cansarse de la resistencia de aquella twi'lek.

—Soy yo quien pregunta. —La chica permaneció en silencio, y el mandaloriano prosiguió con su interrogatorio—. ¿Dónde ha ido?

Como Ceis siguió sin responder, Boba Fett volvió a golpearla, pero esta vez con más fiereza.

—¿Dónde está?

Cuando la twi'lek cayó al suelo, la levantó con una facilidad pasmosa y la golpeó en la cara una y otra vez, mientras seguía preguntándole:

—¿Dónde está? ¿Dónde? ¿Dónde?

La chica cayó sobre la cama con la cara ensangrentada, pero cuando vio que el mandaloriano no se detendría jamás hasta que le diera una respuesta, exclamó:

—¡Basta!

Dejando a Fett con la mano alzada, dispuesto a arremeter una vez más contra ella.

—No sé dónde está —confesó Ceis agotada—. Se marchó hace diez días, con su destacamento, se han ido todos.

Aunque Fett bajó la mano, seguía sin convencerle las palabras de la twi'lek, e insistió:

—¿Qué destacamento? ¿A dónde iban? ¿Eh?

—El tercero de scout troppers, general Veers… iban a Socorro.

Boba Fett sonrió satisfecho, por fin tenía dónde buscar al único que conocía el paradero de la caja de créditos.

—Lo juro, no sé nada más —dijo Ceis para que el mandaloriano la dejara en paz.

Por un segundo pensó que aquel cazarrecompensas se abalanzaría sobre ella y la sometería con violencia, sin embargo, Fett salió a toda prisa del pequeño dormitorio de la twi'lek, dejando a esta en la cama, asustada y desconcertada, sin saber que, con aquello, acababa de firmar la sentencia de muerte de su amado Biggs Darklighter.

# IV

Apenas sin fuerzas y muerto de calor bajo la enorme cantidad de pelo que cubría todo su cuerpo, Chewbacca por fin llegó a un solitario asentamiento en Cantonica, lejos de la gran ciudad de Canto Bight; un lugar en el que el brillo de sus casinos no llegaba, ni llegaría nunca.

Tambaleándose y agotado por haber recorrido el desierto desde dónde Han Solo lo había abandonado a su suerte, el wookiee se abalanzó sobre el primer pozo de agua que vio, no le importaba que un grupo de fathiers lo estuvieran utilizando como abrevadero. Asustando a los animales, Chewie empezó a arrojarse el agua por todo el cuerpo, estaba seco y sediento, y no se podía creer que hubiera conseguido sobrevivir a aquella mortal travesía.

Cuando poco a poco fue recuperándose, su mirada se fijó en un pequeño negocio, cuyo dueño, un toydariano ajado por el tiempo y el duro clima de aquel planeta, estaba colgado el cartel de cerrado. Pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Chewie no dudó en poner el pie para evitar que lo hiciera.

Mientras le hombre observaba el wookiee, este cogió el cartelito de cerrado y lo descolgó, a lo que el toydariano respondió con un educado:

—Perdone usted, pero estoy cerrando.

Chewbacca asintió y colgó el cartel por la parte interna de la puerta, después de cerrar él mismo, a la vez que le devolvía la mirada con un lacónico gruñido, antes de encaminarse hacia los mostradores de aquella armería, que parecía poseer todas las armas que se conocían en la galaxia, las que estaban permitido vender… y las que no.

Con ojo y manos expertas, el wookiee fue cogiendo una tras otra y sopesándola, como si buscara alguna que pudiera sustituir a su ballesta perdida cuando Solo lo había encontrado por primera vez. Al ver que solo había blásters y armas para seres de tamaño más pequeño, miró al armero y emitió un gruñido de protesta.

—Armas —respondió el toydariano asintiendo.

Enfadado, el wookiee tiró al suelo todas aquellas armas, enfurecido… quería una ballesta láser.

—Aquí tengo armas mejores —dijo el tendero señalando otra vitrina, antes de abrirla y empezar a sacar un arma tras otra, sin que ninguna de ellas fuera la ballesta que esperaba Chewbacca.

El wookiee lo detuvo con un murmullo entre dientes, y el armero dejó de señalarle todo tipo de armas de toda la galaxia. Cansado de que aquel toydariano no lo comprendiera, Chewie empezó a hacer gestos con las manos a la vez que gruñía, intentando explicar lo que estaba buscando; a lo que el toydariano respondió observándolo boquiabierto.

Como si se encendiera una bombilla en la cabeza de aquel comerciante, se volvió y, de un armario, sacó una ballesta igual que la que el wookiee había perdido. Antes de que

tuviera tiempo de decirle algo a su inesperado cliente, Chewbacca le arrebató el arma de las manos y la sostuvo en el aire, enseñándosela al toydariano.

El wookiee gruñó y el tendero asintió, volvió a girarse y sacó una caja metálica cuyo contenido brillaba con un resplandor rojo.

—Eeeh… Sí, quarrels.

Chewbacca reventó la caja que las contenía sobre la vitrina, haciendo que el toydariano se sobresaltara y se llevara las manos a la cabeza. Mientras que con dedos ágiles el wookiee cargaba su nueva arma, el comerciante le dijo:

—Si quiere probarla, aquí detrás.

Chewbacca asintió y, apuntándolo con el arma que estaba cargando, señaló hacia el lugar que le había indicado el comerciante, obligándolo a ir delante. El toydariano pulsó un botón y unas compuertas se abrieron para dejar que el wookiee viera un pequeño campo de tiro, cuyas dianas eran antiguos droides de las guerras clon.

El wookiee miró a sus dianas, como aquellos que realmente había combatido años atrás, y efectuó tres simples disparos que hicieron que tanto la primera como la segunda cayeran al suelo partidas por la mitad, pero no así la tercera.

El tendero lo miró con una sonrisa, como si quisiera recordarle que no se podía ser tan bueno disparando, sin embargo, con todas sus fuerzas el wookiee golpeó el suelo y la tercera diana también quedó partida por la mitad.

Chewbacca miró de nuevo al armero y sonrió enseñándole sus colmillos a la vez que emitía un lánguido gruñido. Sin esperar al viejo toydariano, regresó sobre sus pasos y se apoyó en la vitrina mientras pedía otra carga para su arma.

El comerciante se la dio y el wookiee preguntó algo sin mirarlo a los ojos.

—Quince créditos —dijo el toydariano asintiendo.

El recién llegado inclinó el cañón de su arma hacia la cabeza del comerciante, y este corrigió su información:

—Cincuenta créditos.

El wookiee gruñó algo y se giró para encararse con el armero.

—Cien créditos —volvió a cambiar la respuesta.

Chewie puso el dedo sobre el gatillo de su nueva ballesta.

—Doscientos créditos, es todo lo que tengo —afirmó por cuarta vez el tendero a la vez que se dirigía a la caja. Que había a un extremo del mostrador, y entregándole una bolsa de créditos manoseados, añadió—: Aquí está.

El wookiee se los guardó en la cartuchera que llevaba colgando al hombro y se alejó del mostrador, ya tenía todo lo que necesitaba para volver a su trabajo. Se encaminó a la puerta y vio el cartel de cerrado. Con un gesto ordenó al comerciante que se acercara, descolgó el cartelito y gruñó abriendo la boca. El toydariano lo imitó y Chewie le metió el cartel bajo su arrugada trompa mientras le preguntaba algo.

El toydariano lo miró con expresión cansada y asintió, había comprendido que debía mantener la boca cerrada.

Al otro lado del desierto que el wookiee se había visto obligado a cruzar a pie, una columna de soldados de la Alianza rebelde cubiertos de polvo se desplazaba por la calle mayor de un pueblecito que había en un cruce de caminos. Sus caras, su forma de andar y de moverse dejaban claro que estaban cansados y que aquello era lo más parecido a una discreta retirada.

A uno de los lados de la calle, por encima de la puerta abatible de un hotel, su dueño, un humano con los dientes de oro, los contemplaba mientras hablaba con su esposa:

—Esta mañana he oído decir a uno que el coronel Yularen con sus voluntarios de Coruscant, se encuentran a menos de cinco parsecs de aquí… por eso huyen todos. —Y señalando a unos heridos que seguían a la columna, añadió—: Lo ves, estos no quieren saber nada más de la guerra, se les han pasado las ganas.

—Pobrecitos —murmulló su esposa mientras ponía orden en el vestíbulo de su negocio.

—¿De qué, pobrecitos? Cuántos antes se vayan estos muertos de hambre, antes vendrá el Imperio, y esos no te dan solo promesas… sino créditos imperiales —afirmó sonriendo, mostrando su resplandeciente dentadura.

Entonces, dejando a un lado:

—Mira, mira quién va allí en el deslizador, el de la barba blanca, es el general Dodonna, que por fin pone pies en polvorosa. —El hombre soltó una carcajada y alzando un brazo exclamó—: ¡Viva la Alianza Rebelde! ¡Viva la Alianza Rebelde!

Pero las ganas de reír se le pasaron cuando sintió el cañón, no de un bláster, sino de una ballesta wookiee en su mejilla, y su propietario que le gruñía algo en el oído.

—Por favor, señor, baje esta arma…

Un bramido del wookiee lo interrumpió.

—Ya paso bastante miedo con la guerra.

Chewbacca lo obligó a moverse al interior de su negocio mientras lanzaba un bramido tras un gruñido y torcía la cabeza, a la espera de que el dueño lo comprendiera.

—Aquí todos hablan poco —se atrevió a decir la mujer del hotelero—, ¿qué quiere que sepa mi marido?

El wookiee lanzó un grito gutural en su rostro, y la mujer calló, pero el hombre decidió que lo mejor era responder a las insistentes palabras del recién llegado.

—Está arriba, en la habitación número cuatro.

Chewbacca se deshizo de él de un empujó que lo mandó a la otra punta del vestíbulo y miró hacia el techo, como si su mirada pudiera atravesarlo.

—Es un bandi…

El wookiee hizo callar a la mujer de nuevo con un bramido.

En la planta superior del hotel, en la habitación número cuatro, Han Solo estaba atareado limpiando su bláster, el mismo que le había entregado Beckett unos años atrás. El ruido de los soldados pasando por el exterior apenas le permitía oír sus propios pensamientos, pero estaba ensimismado en la tarea que tenía entre manos. Engrasaba, limpiaba y volvía encajar las piezas de forma meticulosa, aquella arma no le había fallado nunca, y no pretendía que empezara a hacerlo ahora.

Repentinamente, los soldados detuvieron su marcha y el silencio reinó en aquel pueblo de Cantonica. Fue entonces cuando los oídos de Solo captaron un sonido al otro lado de su puerto que lo puso en alerta. En cuanto los soldados volvieron a generar un enorme estruendo en la calle, Han se apresuró a terminar de armar su bláster y, en cuanto la puerta de su habitación se deslizo para ocultarse en la pared, él vació el cargador en ella… pero allí no había nadie cuando se acercó al umbral con el arma en ristre.

Más calmado, enfundó su bláster con tan mala suerte que fue entonces cuando un sonido lo obligó a girarse sobre sus talones… algo parecido al murmullo de animal al acecho. Frente a él estaba Chewbacca apuntándolo con su ballesta.

Con el ceño fruncido, el wookiee gruñó algo al humano que, de inmediato, se deshizo de su cartuchera, que cayó a sus pies.

—No tiene munición.

Chewbacca respondió mientras de lejos se oían los disparos de las armas pesadas de ambos bandos de la guerra.

—Estos parecen cañonazos.

El wookiee se encogió de hombros y le mostró algo que había cargado desde su caminata por el desierto… la última soga que había rodeado su cuello. Se la lanzó a los brazos de Han Solo mientras gruñía órdenes sin dejar de apuntarlo.

El cazarrecompensas las siguió y pasó la soga por encima de una viga, se subió a un taburete y ató bien la cuerda. Lentamente, Han metió el cuello a través de la cuerda y vio como el wookiee apuntaba su ballesta hacia las patas del taburete.

Sin embargo, antes de que pudiera apretar el gatillo, el disparo poco certero de un cañón bláster impactó de lleno en el hotel, cuya primera planta se derrumbó sobre el vestíbulo, seguida del wookiee. De entre los escombros, Chewbacca se levantó cubierto de polvo y astillas metálicas, y cuando miró arriba, solo vio la soga balanceándose en la viga, pero ni rastro de Han Solo… El escurridizo cazarrecompensas había conseguido huir otra vez.

# V

La voz del alguacil de aquel pequeño villorrio del planeta Socorro se oía de fondo al rebotar sus ecos en las paredes de arcilla de sus casas, mientras que un atento Han Solo afinaba su puntería con su rifle de precisión desde una colina no muy lejana.

—Hemos juzgado a la aquí presente Zam Wesell, una metamorfo, rea de los siguientes delitos: perjurio, hurto de material de propiedad del Imperio, de material propiedad de…

Un conocido chasquido interrumpió las palabras del alguacil, pero solo para Solo, que al alzó una ceja al ver que el cañón de una ballesta wookiee le apuntaba directamente al ojo derecho.

Chewbacca sonrió mostrándole sus afilados colmillos; después de seguir su rastro por diferentes sistemas y estar a punto de perderle la pista, por fin había encontrado a aquel hombre que se había querido deshacer de él en más de una ocasión.

—¿Y Wesell? —preguntó Solo señalando con la cabeza a la prisionera cuyo cuello estaba rodeado por una cuerda.

El wookiee emitió un seco y breve gruñido a la vez que sacudía la cabeza negativamente.

—¿No? —insistió Han.

A lo que Chewie volvió a sacudir la cabeza mientras fruncía el entrecejo.

Justo en ese instante, el alguacil acabó de leer los cargos por los cuáles se juzgaba a Wesell y daba la orden para que fuera ahorcada como la criminal que era.

—Lo siento, Wesell —dijo Han apesadumbrado, más por la muerte de un buen negocio que por la pérdida de la vida de una socia.

Pero Chewbacca no estaba para lamentaciones, asió el rifle de Han y gruñó frente a él, apuntándolo para que lo siguiera.

Poco después, Chewbacca se desplazaba sobre su speeder a muy poca velocidad sobre las ardientes arenas del desierto de Socorro, mientras apuntaba con su ballesta a Han Solo. El cazarrecompensas andaba frente a él a unos pocos pasos, y en su frente se empezaban a ver las primeras gotas de sudor provocadas por Sokor, su sol.

El wookiee empezó a dar un discurso de gruñidos y alaridos, dejando entrever una sonrisa de victoria, justo antes de dar un gran trago de agua de su cantimplora… pero se detuvo al ver que Han iba a hacer lo mismo. Sin pensárselo dos veces, disparo su ballesta y destrozó la cantimplora en mil pedazos, mientras que el cazarrecompensas observaba como aquel líquido cristalino se escurría de su interior. Atónito, se giró para mirar a Chewbacca, que reía mientras guardaba su arma.

—¿A dónde vamos? —le preguntó el corelliano.

Para comprender la respuesta que le dio al wookiee no era necesario saber shyriwook, Chewbacca le estaba invitando a cruzar el desierto sin agua y sin nada para protegerse del sol… como le había hecho Solo en Cantonica.

Viéndose obligado y sabiendo que el wookiee no cambiaría de opinión, Han empezó a andar, pero no tardaría en arrastrar los pies sobre aquella arena que ni tan solo el Imperio se atrevía a cruzar.

A cada paso que daba, a cada minuto que pasaba, su piel estaba más seca y su boca más sedienta, mientras sus fuerzas se escurrían a través de sus poros, al igual que lo hacía el poco sudor que su cuerpo se atrevía a expulsar; pero en los ojos del wookiee seguía sin asomar ni un ápice de compasión, ni tan siquiera cuando caía de rodillas al suelo, Chewbacca parecía dispuesto a ceder en su particular venganza. Solo cuando Han se desplomó en el suelo y empezó a arrastrarse, detuvo su speeder y bajó del él.

Tumbado boca arriba parecía que Han Solo se había dado por vencido, después de millas y millas andando bajo un abrasador sol, ahora se encontraba sin resuello, y podía ver como Chewbacca lo contemplaba de espaldas a la luz, convirtiendo sus haces en una extraña aureola.

El wookiee empuñó su ballesta y apuntó directamente al rostro de Han, cuarteado al quemarse por el exceso de luz. Sin embargo, cuando estaba dispuesto a apretar el gatillo y terminar con la vida del que había sido su socio, un extraño retumbar lo interrumpió, haciendo que fijara su mirada en el horizonte. Acercándose a ellos estaba una nave de transporte planetario que parecía moverse sin control.

Valiéndose de su agilidad y su fuerza, el wookiee saltó sobre ella y se introdujo en su interior para detener los motores, provocando que perdiera la dirección y dejara de flotar sobre el suelo, quedando medio enterrada en la arena.

Torciendo el gesto y llevado por la curiosidad de su especie, Chewbacca salió del interior de la cabina del piloto y se dirigió a la zona de carga, pudiendo ver que en un costado había las señas del tercero de scout troppers del Imperio. Cautelosamente abrió la puerta y el cadáver de un soldado cayó de su interior; y no era de extrañar, ya que dentro de la nave había más de media docena de soldados aún vestidos con sus armaduras blancas, pero sin vida.

Sin sentir absolutamente nada por los muertos, el wookiee examinó el interior en busca de objetos de valor o útiles para sus siguientes aventuras, guardándoselas en los bolsillos de su cartuchera; pero, de repente, algo hizo que su cuerpo se pusiera en tensión: uno de los soldados se había quitado el casco y se había arrastrado al exterior de la nave, pidiendo una sola y única cosa:

—Agua… —dijo en un murmullo—. Agua…

Chewbacca estaba demasiado cansado de pedigüeños como ese tipo, con Han Solo ya tenía demasiado para arrastrar a otro moribundo, así que le apuntó con su ballesta a la cabeza. Pero lo que ese hombre dijo a continuación lo detuvo:

—La pago en créditos, doscientos mil.

El wookiee lo agarró por la coraza y lo levantó haciendo que sus pies bailaran a más de un palmo del suelo y gruñó, preguntándole algo.

—Darklighter, me llamo Biggs Darklighter… ahora —respondió el soldado—. Nos sorprendieron… Agua… Me llamo Dreis… No, Darklighter…

Chewbacca interrumpió las inconexas palabras de ese tipo con un bramido, a él solo le interesaba lo de los créditos.

—Doscientos mil, la caja del cuarto regimiento… Branon no lo hizo… Yo… Yo… Yo lo escondí…

Chewie sacudió a Darklighter para que siguiera dando detalles de dónde estaba esta cantidad de dinero que le resolvería todos sus actuales problemas.

—En el cementerio… —continuó Biggs—. El cementerio de Sad Hill… en la tumba…

Al wookiee se le estaba agotando la paciencia y, en un arrebato de ira agarró el rostro de Darklighter, mientras le gruñí a escasos centímetros de su cara.

—En la tumba hay un nombre… y escrito en… ¡Agua! —exclamó el soldado reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

Chewbacca gritó y lo sacudió cuanto pudo, pero el hombre se desmayó en sus manos, estaba claro que primero tenía que ser el agua y después el nombre de la tumba. Corriendo como un condenado, el wookiee volvió sobre sus pasos hasta su speeder para coger una cantimplora de agua, pero cuando estaba a escasos pasos de la nave de transporte, vio algo que no le gustaba ni un pelo: Han Solo estaba tumbado a su sombra, junto a la puerta, en la que Chewie había dejado a Darklighter a la espera de agua.

Corrió hacia ellos y de una patada apartó al cazarrecompensas, poniendo toda su atención en el soldado, que parecía haber perdido por completo la consciencia… y la vida. Con un ladrido le preguntó a Solo si había muerto.

—Sí —respondió el corelliano.

Chewbacca lanzó un sonoro bramido alzando los brazos, y apuntó con su ballesta al humano, pero este, casi tan muerto como Darklighter, lo miró a sus ojos azules y dijo:

—Yo no lo haría si fuera tú… si me matas ahora te quedas tan harapiento como has sido toda tu vida…

El wookiee gruñó con suavidad, pero con firmeza, enseñándole una vez más sus poderosas fauces.

—Ha dicho… un nombre sobre una tumba…

Chewie lo movió para que dijera el nombre que ahora tanto deseaba saber, pero en su lugar, Han empezó a reír antes de desmayarse.

Al verlo, el wookiee volvió a alzar los brazos enfurecido, ahora tenía que salvar la vida de aquel al que había querido arrebatársela… pero doscientos mil créditos eran motivos suficientes para hacerlo.

Mojando el rostro y el pecho del corelliano con agua de su cantimplora, y evitando que la tragara, Chewbacca estaba haciendo todo lo que estaba en sus manos para que Solo no se durmiera y cruzara el último umbral… al menos por el momento, ya que primero tenía que saber el nombre de aquella tumba.

Sin saber qué hacer empezó a mirar a su alrededor en busca de una solución, pero estaba en mitad del desierto de Socorro y no había nada más que una nave de transporte llena de soldados muertos… Fue entonces cuando la mente del wookiee ató cabos y,

alzando una ceja, sonrió sabiendo que había conseguido encontrar la manera de salvar la vida del cazarrecompensas.

# VI

En medio de la nada, allí dónde parecía que el Imperio jamás hubiera puesto el pie, una nave de transporte desvencijada surcaba el horizonte dejando una polvorienta estela tras ella. Cualquier hubiera dicho que iba sin rumbo o que su piloto no conocía su destino, sin embargo, desde el templo de los Guardianes de los Whills un solitario monje la observaba, viendo cómo se acercaba a ellos. En mitad de la guerra, aquella orden religiosa había podido mantenerse al margen… hasta entonces.

Con un estrepito, la nave se detuvo frente al templo y, de la cabina del piloto, apareció un enorme wookiee con una cartuchera imperial cruzada sobre su pecho y un bláster reglamentario en sus manos. Con un rápido aspaviento gruñó algo hacia el monje, que parecía observarlo sin mirarlo… era ciego.

—Pero si ya no tenemos sitio —dijo sin moverse de su sitio.

Chewbacca se encogió de hombros, sin importarle la respuesta, y se encaminó a la parte de carga de la nave, de la que empezó a descargar a un desfallecido Han Solo, que apenas se sostenía en pie.

Sin detenerse, el wookiee volvió a preguntarle algo al monje.

—Ahora no está en el templo, pero tiene que volver un día de estos.

Chewbacca negó con la cabeza, en aquel preciso instante aquello no le preocupaba, en su mente solo estaba salvar la vida de Solo. Con la ayuda del monje, cargaron al corelliano entre los dos y se lo llevaron al interior del templo, lejos de la potente luz del sol. Pero, al cruzar el umbral, Chewbacca se quedó perplejo al ver que el interior estaba lleno de soldados imperiales mutilados y vendados, junto a rebeldes con largas caras de sufrimiento. Él había sido un guerrero toda su vida, un superviviente, por eso siempre le costaba ver el coste real de la guerra… no importaba a que bando pertenecieras, al final todo el mundo sufría por igual.

—Al final —le indicó el monje ciego, haciendo que el wookiee saliera de sus ensoñaciones.

Pasando entre las camas, el monje y Chewbacca siguieron avanzando, cargando al casi inconsciente Han Solo.

—Esta es mi cama.

Cerca de ellos, otro monje se acercó a ellos y entró siguiéndoles los pasos.

—¡Eh! ¿Qué usted aquí? —gritó dirigiéndose a Chewie—. ¡Fuera, fuera!

A empujones, el wookiee salió de la pequeña habitación mientras no dejaba de gruñir, preocupado por la vida de Han Solo… y el nombre de la tumba que guardaba en su cabeza.

Tras unos segundos durante los cuales se paseó por el pasillo, impaciente, el monje que lo había echado de la habitación salió de ella, y Chewbacca no pudo contener unos interrogativos ladridos.

—No, no, por ahora no habla. Pero no te preocupes, es un muchacho muy robusto, lo demuestra el hecho de que está vivo aún… yo estoy seguro de que en un par de semanas se pondrá bueno…

Chewbacca lo abrazó con sus largos brazos, haciendo que el monje se asustara y quisiera alejarse de aquel monstruo peludo que había entrado en su templo. Pasados unos aterradores segundos, el wookiee lo soltó y el monje se alejó de él, momento que Chewie aprovechó para entrar en la habitación en la que se recuperaba Han.

Este estaba tumbado en la cama, con una taza entre sus manos apoyadas sobre pecho, y parecía dormir, pero después de que el wookiee gruñera suavemente, como un perro lastimero, abrió los ojos desacompasadamente y susurró:

—Ven, acércate…

Emocionado por si aquel era el momento en el que Solo le dijera el nombre de la tumba, Chewbacca se acercó a él con los oídos bien atentos, pero el corelliano, en lugar de hablarle, le arrojó la infusión que había en el interior de su taza.

Chewbacca gruñó enfurecido, dispuesto a arrancarle la cabeza a aquel humano, pero la lengua de solo fue más rápida y, con una sonrisa en los labios, afirmó:

—Yo dormiré tranquilo porque sé que mi peor enemigo vela por mí…

Más o menos dos semanas después, tal y como había predicho aquel monje, Han estaba completamente recuperado. Estaba tumbado en su cama, con los brazos detrás de su cabeza, y Chewbacca, ahora convertido en enfermero a la fuerza, le traía un cuenco lleno de agua. Al ver a su viejo socio tan relajado, le arreó una patada en una pierna para que se levantara mientras le daba todo tipo de advertencias e instrucciones en su lengua materna.

Entonces, el monje ciego entró en la habitación.

—Ha regresado Lando Calrissian.

Nervioso, el wookiee siguió las indicaciones del monje para ir al encuentro de su viejo colaborador. Tras recorrer un largo y estrecho pasillo, vio a su antiguo camarada apoyado en el marco de una ventana.

Soltó un ladrido animado, que llamó la atención de Calrissian, que se giró para observar al wookiee mientras este se acercaba para abrazarlo con fuerza; sin embargo, la actitud de Lando no era la de una reunión de viejos amigos. Chewie se detuvo y gruñó encogiéndose de hombros, con una sonrisa en su rostro.

—Ahora ya me has visto.

Lando no dejaba de mirarlo con aquellos ojos severos, aunque no pertenecía a la orden de ese templo, su viejo socio ahora se había reconvertido en algún tipo de protector o mecenas de aquella institución, por lo que desconfiaba del wookiee trotamundos, que no dejaba de ladrar y gruñir.

—¿Solo ahora te acuerdas de ellos? Después de nueve años… Rio murió el invierno pasado y Val hace pocos días, por eso he estado ausente. —Lando respiró hondo e hizo una pausa en su discurso, antes de continuar—: Preguntó mucho por ti antes de morir.

Chewbacca bajó la cabeza, apesadumbrado.

—¿Y tú? Además de hacer el mal, ¿qué más has hecho? —le preguntó Lando—. ¿No tenías una mujer en alguna parte?

El wookiee se giró y miró a su antiguo socio antes de limpiarse las lágrimas con el brazo y soltar un bramido provocador.

—¿De qué iba a servir? Sigue tu camino, Chewie. Vete —le dijo Lando antes de darle la espalda.

Chewbacca no pudo soportar aquel desplante y agarró al elegante Calrissian y lo arrojó contra una pared del templo; pero, al ver que se había pasado, se acercó a él y le ayudó a levantarse.

—Chewie… —dijo Lando en el último momento, antes de que el wookiee se fuera para siempre de allí, pero este no se giró para mirarlo, y desapareció por dónde había venido. Aun así, Calrissian añadió—: Perdóname, hermano…

Aunque le hubieran dolido las palabras de su viejo amigo, Chewie tenía otros asuntos en mente, como los doscientos mil créditos imperiales que le esperaban bajo alguna tumba del cementerio de Sad Hill, al otro extremo de aquel polvoriento planeta.

Con pasos largos y rápidos salió y se subió a la nave de transporte de tropas, en la que Han ya lo esperaba con los motores en marcha. El silencio se apoderó del ambiente, Han Solo era parco en palabras y Chewbacca no estaba de ánimos para charlar. Pero apenas hubieron recorrido unos metros, el wookiee empezó a gruñir con una sonrisa en los labios, hablando de Lando Calrissian como si siguiera siendo uña y carne.

Por su parte, Solo lo observaba levantando una ceja y, con suspicacia, respondió:

—Sí, claro.

Antes de que el wookiee volviera a ponerse a hablar por los codos, Han Solo apretó el acelerador y se alejó de aquel templo para dirigirse a su objetivo.

Habiendo que cruzar medio planeta, el recorrido se hizo duro y pesado, sin embargo, el wookiee y el humano se iban turnando para superar aquel largo viaje, y mientras que el horizonte parecía no cambiar, pareció como si el tiempo se hubiera detenido. Sin embargo, una tarde, cuando hacía dos días que no se habían cruzado con un alma, Chewbacca vio, a lo lejos, un convoy de naves que se dirigían hacia ellos, detuvo su nave de inmediato y despertó a Han, que dormitaba en la parte de atrás.

—¿Imperiales o rebeldes? —le preguntó el corelliano cuando todavía no se había terminado de despertar.

Extrañado, el wookiee miró hacia el horizonte, pero solo se veía un montón de polvo y una serie de naves, sin embargo, aseguró a su compañero que eran imperiales, como

ellos. Como si lo hubiera hecho toda la vida, Chewbacca se levantó tan largo como era y empezó a saludar a los soldados haciendo los mismos gestos que había visto realizar a los soldados. Sin embargo, Han Solo no las tenía todas, por lo que discretamente observó a las naves que se acercaban. Entonces Chewbacca le preguntó algo, y él respondió:

—El emperador se llama, Palpatine.

Chewbacca prosiguió con sus alaridos, cuyo objetivo era ensalzar las virtudes del Imperio, pero Han lo corrigió:

—Y odia a los imbéciles… la fuerza no está con nosotros.

Ya que, en cuanto las naves estuvieron a su alcance, pudieron ver que eran un desplazamiento de tropas terrestres… rebeldes.

# VII

Centenares de pies golpeaban el polvoriento suelo frente al campo de prisioneros que la Alianza Rebelde tenía en uno de los extremos de Socorro. El planeta estaba en disputa por ambos bandos de la guerra, y a cada paso que se daba uno podía caer prisionero… como les había sucedido a Han Solo y Chewbacca, cuyos pies también danzaban al son del cabo Andor.

—¡Pelotón, de frente! —vociferó.

Y todos los soldados imperiales prisioneros empezaron a marchar a sus órdenes hacia el interior del campo, donde centenares de hombres y mujeres los observaban, al igual que habían hecho con ellos cuando habían llegado.

—¡Pelotón, alto! —ordenó Andor—. ¡Izquierda!

Los imperiales obedecieron mientras el cabo Andor se alejaba del grupo y miraba la información en una tableta que le había facilitado otro rebelde.

Al mismo tiempo, en el interior de un barracón, un ser Mon Calamari se movía cojeando de un extremo a otro para acercarse a la ventana, para sentarse a su lado y poder contemplar los recién llegados.

«Es una trampa», se dijo mientras veía como el cabo Andor pasaba lista…

—Biggs Darklighter —gritó Andor, lo que provocó que, de inmediato, un oficial, un sargento, que hasta entonces había estado de espaldas a la escena, se girara de golpe para prestar atención a lo que sucedía entre los recién llegados.

—¡He dicho Biggs Darklighter! —insistió Andor.

Entre los hombres del pelotón de prisioneros, Chewbacca se agachó hacia su izquierda y gruñó algo entre murmullos a Han Solo mirando fijamente al hombre que se había girado.

—¿Qué pasa? ¿Se está divirtiendo Biggs Darklighter? —repitió Andor por tercera vez.

—Sí, es Fett, pero te llaman a ti —respondió Solo a la pregunta del wookiee.

—¡Biggs Darklighter! —exclamó una vez más Andor.

Fue entonces cuando Chewbacca dio un paso adelante y alzó el brazo a la vez que emitía un bramido de asentimiento.

Boba Fett, desprovisto de su casco y luciendo un uniforme de sargento rebelde, se acercó a Andor y cogió la tableta que este tenía entre las manos, y, solo con un gesto, le dio una orden a Andor.

El cabo se acercó a Chewbacca y dijo:

—Mira, Biggs Darklighter, aquí se contesta presente. —El cabo hizo una pausa en la cual Chewie miró a Solo, pero antes de que pudiera responder, Andor le golpeó en el estómago más fuerte de lo que jamás habían golpeado al wookiee—. ¿Lo has oído?

Chewbacca se dobló y terminó arrodillado en el suelo, sorprendido por la fuerza que tenía aquel pequeño humano. Fett sonrió al verlo.

—Responde presente —ordenó Andor mirando al wookiee desde arriba.

Chewie miró con odio al humano y bramó de tal modo que no hizo falta entenderle, por ello, Andor lo cogió de la cartuchera que cruzaba su pecho y lo levantó. Pero justo cuando iba a golpear al ser peludo, Fett lo interrumpió.

—¡Andor! —exclamó—. Ya basta…

El antiguo cazarrecompensas tenía intención de añadir algo más, pero un soldado se acercó a él.

—Sargento, le llama el comandante.

Antes de partir, Fett se dirigió a Andor, y le dijo:

—Trata bien a estos dos.

Y sin más dilación, se alejó del lugar.

Entonces, Chewie volvió a susurrarle algo al oído de Solo.

—Sí, lo he oído —respondió el corelliano preocupado.

El comandante Gial Ackbar apenas podía avanzar con la herida que le estaba pudriendo la pierna, pero, mientras se tumbaba en su catre, dijo con firmeza:

—Por última vez, sargento, le repito que quiero que los prisioneros sean tratados como prisioneros. Ya basta de malos tratos.

—Esos bastardos de ahí fuera son centenares y yo dispongo de pocos hombres, ¿cómo cree usted si no que puedo hacerme respetar? —replicó Fett.

—Lo logrará más fácilmente comportándose como un ser humano —le aconsejó el comandante.

—¿Cree que a los nuestros los tratan mejor en Coruscant?

—¡No me importa lo que hagan en los campos imperiales! —exclamó el comandante reuniendo fuerzas para imponerse frente a Fett—. En mi campo no quiero que a los prisioneros se les den malos tratos, se les torture y se les asesine.

—¿Es una acusación? —preguntó Fett, impertérrito.

Ackbar suspiró.

—Sargento, la gangrena me está devorando una pierna, pero no los ojos —le recriminó el Mon Calamari—; sé que los prisioneros son despojados siempre de todos sus objetos personales, y sé también que alrededor del campo merodean unos sucios individuos dispuestos a adquirir el botín. —El comandante cogió aire—. Pues bien, mientras yo sea el comandante esto no lo permito, ¿he hablado claro?

Fett asintió con frialdad.

—Sí… mientras sea usted el comandante.

Ackbar sonrió al comprender la insinuación del mandaloriano.

—Ya, ya sé que me estoy muriendo, sargento, pero espero poder vivir el tiempo suficiente para recoger pruebas con las que pueda mandar a un consejo de guerra a quién deshonra el uniforme de la Alianza.

Agotado por el esfuerzo de intentar meter en vereda a Fett, Ackbar se derrumbó en su catre.

Fett sonrió y, a la vez que saludaba a su superior, dijo:

—Ojalá lo consiga.

Después de salir del barracón del comandante, Fett se dirigió al suyo, en el otro extremo del campo, donde le esperaban Andor y uno de sus hombres, de esos que el comandante había descrito como «dispuestos a adquirir el botín». Este recogió lo que le entregaba el sargento Fett.

—Tú y los demás, durante algún tiempo, será mejor que os larguéis —le ordenó a su hombre—. Te avisará Andor después.

Con el botín en sus bolsillos, el hombre salió por la ventana del barracón y partió con el resto de sus socios.

Cuando estuvieron solos, el sargento se dirigió al cabo:

—Andor, mándame a Darklighter.

Poco después, de un empujón, el wookiee cruzó el umbral de Fett, pero cuando fue enfrentarse a Andor, este le cerró la puerta en los morros.

—Adelante, pasa ya Chewie, no gaste cumplidos —dijo Fett sentándose en una mesa opulentamente servida, en contraste con el hambre que pasaban los soldados… de uno y otro bando.

Atraído por la comida, Chewbacca se acercó.

—Cuánto tiempo, ¿eh?

Como respuesta, el mandaloriano oyó el rugido de las tripas del wookiee.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Fett—. Siéntate y come.

Chewbacca no se lo hizo decir dos veces, pero cuando estaba a punto de llenarse la boca se detuvo, no confiaba plenamente en el mandaloriano.

Este, que comprendía las sospechas del wookiee, comió de su plato, demostrando que no estaba envenenado.

A Chewie no le hizo falta más, y empezó a comer todo lo que no había comido en días, a la vez que gruñía feliz.

—Claro que no me olvido de los amigos, Chewie —respondió ofreciéndole una copa—. Y me satisface verlos de vez en cuando, especialmente cuando vienen de tan lejos y tienen tantas cosas que contar… Y tú tienes cosas que contarme, ¿no?

Chewbacca asintió distraído.

—A ti te pescaron en el Fort Rym…

El wookiee respondió afirmativamente con un golpe de cabeza.

—Entonces si estabas Veers, quiere decir que venías de Razoor…

A eso, Chewbacca no dijo ni sí ni no, simplemente observó su vaso vacío a la espera de que Fett le diera la botella… y así lo hizo.

—Terrible el desierto, ¿eh? —prosiguió Fett con paciencia, el premio final bien lo valía.

Chewbacca sonrió mientras daba largos tragos a la botella de alcohol.

—¿Y por qué te llamas Biggs Darklighter ahora?

El wookiee se encogió de hombros y gruñó, Fett se levantó y se acercó a la ventana.

—Oye, Chewie, ¿te gusta la música?

El ser peludo asintió mientras seguía comiendo con avaricia.

El mandolariano hizo un gesto con la cabeza y un grupo de soldados imperiales empezó a tocar sus deteriorados instrumentos, haciendo que las notas de su música entraran en el barracón de Fett.

—Así que Biggs Darklighter es un nombre inventado.

Chewbacca sacudió la cabeza de un lado a otro, como si le diera la razón a Fett, una vez más, pero cuando quiso darse cuenta, el cazarrecompensas lo esposó a la silla para evitar que se moviera… mientras era torturado.

Andor había entrado de nuevo y le estaba dando una paliza al wookiee que, a pesar de su gran fuerza innata, los días habiendo comido poco y estando prisionero empezaban a hacerle mella, y aunque estaba oponiendo resistencia, el cabo tenía ventaja.

—Cuéntame de que hablaste con Darklighter —le ordenó Fett que contemplaba la escena tranquilamente—. ¿Dónde metió los créditos?

El wookiee gruñó sin fuerzas, negando lo que le preguntaba Fett, pero este le dio la orden a Andor de que siguiera con la tortura.

No muy lejos, dónde los prisioneros pasaban las horas a la espera de que se resolviera la guerra, un hombre al lado de Han Solo negó apesadumbrado al ver que los músicos tocaban más alto que un instante antes.

—No quisiera estar en el pellejo de tu amigo, cuanto más alto cantan más fuerte pega Andor —explicó—. Ya han pasado unos cuantos por ahí.

En el interior del barracón de Fett, Andor seguía golpeando a Chewie.

—¿Qué te contó de los dólares, dime?

Agotado, el wookiee por fin cedió al duro interrogatorio del mandaloriano y entre rugidos y bramidos le contó cuanto sabía a Fett.

—¿Dónde? —preguntó Fett.

Chewbacca respondió.

—¿En qué tumba? —insistió el otro.

Fue entonces cuando la lengua de Chewie no dudó en confesar que Solo también sabía algo sobre el asunto de los créditos imperiales.

Fett se recostó en su asiento y sonrió, había llegado el momento de hablar con el corelliano.

Al igual que un rato antes, Han cruzó la puerta del barracón de Fett de un empujón, pero en lugar de recibir una paliza, un montón de ropa civil cayó en sus brazos.

—Para ti la guerra ha terminado —le dijo Fett que se había deshecho de su uniforme rebelde y lucía su vieja armadura mandaloriana—. Ponte esa ropa.

—¿Por qué? —preguntó Solo.

—Porque nos vamos ahora.

—¿A dónde? —insistió el corelliano.

—Hacia doscientos mil créditos imperiales —explicó Fett—. Yo sé el nombre de un cementerio y tú el de una tumba.

Han sonrió, pero no pudo evitar observar las manchas de sangre que había dejado el paso del wookiee por aquel barracón.

—¿Y no va a sonar la música para mí? —preguntó.

Fett lo miró directamente a los ojos.

—¿Hablarás?

—Probablemente no —respondió Han.

—Eso creo yo —dijo Boba—, y no porque seas más duro que Chewie, tú sabes que hablando no te salvarías.

—Entonces a Chewie ya lo has…

—¡No! —respondió duramente Fett—. Aún no, pero está en buenas manos. Cambias de socio, pero no haces un mal negocio, yo no soy hombre avaricioso, acato lo pactado y sé contentarme… —El cazarrecompensas mandaloriano se enfundó su casco y añadió—: Solo quiero la mitad.

Han Solo lo observó y miró el bláster que le había entregado para que prosiguiera con su viaje.

—Ya —dijo dudando de las palabras de Fett, pero aquello era mejor que lo que le esperaba a Chewie.

# VIII

Como si nada hubiera cambiado en su vida, centenares de soldados que se disponían a subir a un convoy que partía hacia el frente. Entre ellos, un wookiee avanzaba apesadumbrado, iba atado como un perro, con una correa atada alrededor de su cuello, de la que tiraba con brusquedad el cabo Andor.

Andando por el atestado andén, la peculiar pareja fue detenida por un teniente.

—¡Eh, cabo! ¿Tienes miedo de perder a este? ¿Dónde lo llevas?

—A la horca, amigo, dan dinero por su cabeza —respondió Andor queriendo alejarse de allí rápidamente.

Sin embargo, Chewie se detuvo y se enfrentó al teniente, pero la única respuesta que obtuvo fue una fuerte descarga eléctrica en el cuello, procedente del aparato con el que Andor le había atado.

El wookiee bramó desde el suelo, alzando su puño:

—Te voy a…

El sonido del motor de aquella gran nave terrestre a punto de partir interrumpió las amenazas de Andor, que tenía más interés en cobrar la recompensa que en perder más tiempo atado a ese maldito wookiee.

A medida que se acercaba, Chewie pudo ver como el cuerpo de un soldado imperial —nadie podría decir si estaba vivo o muerto— colgaba del morro del primer vagón, en señal de advertencia para el resto de los prisioneros.

—Tú tienes más suerte que ese espía, soga, jabón y listo, y sin compañero que dispare esta vez —afirmó Andor con sorna.

Cuando el convoy aminoró suficiente la marcha, Andor buscó un sitio para que él y el wookiee pudiera proseguir su viaje en un vagón de mercancías reconvertido en transporte de tropas. Apenas unos segundos después de que la nave llegara a la estación, volvía a reemprender la marcha.

Las horas pasaban lentamente en el interior de aquel transporte, y todos los soldados, fueran de la especie que fueran, dormían apilados de cualquier forma. Entre ellos, Chewbacca estaba recostado con la cabeza gacha, haciendo que el cabello de su cabeza le cubriera la frente y parte de su rostro… algo que le interesaba, ya que estaba fingiendo que dormía.

Cuando creyó que el silencio reinaba en el vagón, solo roto por los ronquidos de los soldados, alzó la cabeza y alargó la mano hacia el bolsillo de Andor, en busca de la llave que le librara del collar electrificado. Sin embargo, él no era el único que «dormía» con los ojos abiertos, Andor no había dejado de vigilarlo en todo el rato.

—Te gustaría quitármela, ¿eh?

Descubierto, Chewie negó con la cabeza y señaló la puerta del vagón, molesto e impaciente.

—Ya hueles bastante mal, es mejor no empeorar la situación —respondió Andor levantándose y obligando a Chewie a hacer lo mismo.

Con un rápido movimiento, tiró de la correa y obligó al wookiee a acercarse a la puerta del vagón entreabierta.

—Venga, haz lo que tengas que hacer.

Chewbacca se puso en posición para hacer sus necesidades, pero pasados unos segundos, alzó los brazos y gruñó, incómodo.

Andor decidió darle la espalda al wookiee, pero aquello fue un error fatal, ya que en cuanto pudo, Chewie tiró de la correa que lo mantenía atado y saltó fuera del vagón, llevándose al cabo rebelde con él. Los dos dieron vueltas por la arena hasta que se detuvieron sucios y ensangrentados, pero Chewbacca no le dio tiempo al humano a recuperarse, ya que en cuanto se levantó agarró su cabeza y la golpeó contra una de las pocas piedras que había en aquel extenso desierto, hasta que acabó con él.

Lo primero que hizo después fue querer quitarse el collar, pero descubrió que, al saltar del transporte, la pequeña llave que lo podría separar de la correa —cuyo otro extremo estaba atado a la muñeca del cadáver de Andor— se había perdido.

El wookiee alzó los brazos y soltó un alarido de desesperación, nervioso empezó a probar con todo aquello que pudiera cortar la correa: una piedra, un bláster, sus dientes… pero nada daba resultado.

Parecía que tendría que arrastrar el cuerpo del cabo rebelde por el desierto, hasta que se dio cuenta que, no muy lejos de él, estaban las vías por las que circulaban los vagones de esos transportes de tropas rebeldes. Eran rudimentarias, basadas en una tecnología antigua de electroimanes… pero serían suficiente para abrir el collar.

Valiéndose de su fuerza, el wookiee arrastró el cadáver y lo puso sobre las vías, haciendo que la correa quedara justo allí por dónde los vagones hacían contacto con ellas. Ahora, solo le faltaba esperar que un nuevo transporte pasara con ellas.

Cuando las vibraciones lo despertaron se dio cuenta que hacía demasiadas horas que estaba tumbado bajo el sol, pero las ganas de desprenderse de sus ataduras lo prepararon. Casi sin preaviso, un transporte de tropas pasó a toda velocidad sobre su cabeza, y la energía que transmitió hacia las vías fue suficiente para que el collar perdiera su fuerza y se desprendiera de su cuello.

Cuando se levantó sintiéndose, por fin, libre vio que del cuerpo de Andor no quedaba ni rastro, y, sin pensárselo dos veces, corrió tanto como sus piernas se lo permitieron para que poder saltar al convoy. Ahora, sin ninguna insignia imperial y sin que nadie pudiera reconocerlo, podría seguir la pista de Solo y Fett, que le habían sacado ventaja en la caza de los doscientos mil créditos.

Un grupo de speeders se acercó a un pequeño y desolado pueblo. Estaba claro que la guerra lo había asolado, como muchos otros. En cuanto se adentraron en la calle principal, un destacamento de soldados caminaba en dirección contraria, pero un oficial gritó:

—¡Pelotón, alto!

Todos los hombres hicieron caso, incluido un soldado imperial que cargaba con una caja… su ataúd.

Mientras el oficial conducía al reo hacia un pequeño descampado, anunció:

—Preparados…

Se alejó de él, dejando al hombre que aún lucía alguna parte de la armadura blanca del imperio, pero no en el rostro, donde el cansancio era palpable, y dijo:

—Apunte…

Los hombres del pelotón de fusilamiento prepararon sus armas.

—Listos… ¡Fuego! —ordenó el sargento.

Media docena de disparos de bláster se cernieron sobre el cuerpo del soldado imperial, que cayó a un lado, sin vida.

Como si fuera lo más habitual, los soldados de la Alianza Rebelde recogieron el cuerpo del suelo y lo metieron dentro del ataúd.

Los hombres de los speeder, liderados por Fett y Solo, contemplaron la escena sin mostrar ni un ápice de empatía. Por lo que nadie se extrañó cuando Fett miró a dos de sus hombres y ordenó:

—Bill, Will, ocuparos de los speeder.

Todos bajaron de sus vehículos, mientras los designados llevaron sus transportes a un lugar seguro. Sin preguntar si podía, Fett condujo a su pequeño grupo de forajidos hacia una casa en ruinas, que les serviría de escondrijo mientras las tropas rebeldes cruzaban el pueblo, y el bombardeo imperial caía con fuerza sobre ellos.

No muy lejos de allí, al otro lado del pueblo, de una casa que acababa de ser derruida, apareció la silueta de un wookiee, que se entremezcló entre los soldados para avanzar hacia ellos.

Lo que no sabía era que, desde una nave de carga, un trandoshano lo observaba con el ceño fruncido, por fin había encontrado el culpable de sus heridas.

Ajeno a la amenaza que se cernía sobre él, Chewbacca entró en un viejo hotel y empezó a curiosear, descubriendo que estaba solo y que nadie le impediría ocupar la mejor habitación… con baño incluido.

Por su parte, el trandoshano siguió sus pasos con cautela, no quería perder la ocasión de vengar lo que le había hecho el wookiee unas semanas antes. Guiándose por los ruidos

que hacía el wookiee, Bossk se encaminó hacia la habitación empuñando un arma con el brazo que aún le quedaba. Sorprendido, vio que en el interior de la estancia el wookiee estaba sumergido en una espumosa bañera canturreando tranquilamente.

Sabiéndose en ventaja, irrumpió en el baño apuntando a su vieja presa.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —El wookiee lo observó con los ojos muy abiertos, como si se hubiera quedado congelado—. Cada vez que he tenido que usar la derecha he pensado en ti; pero al fin te encuentro en la postura exacta, Chewie —dijo Bossk paseando a su alrededor, gozando del momento—. Y he tenido tiempo de aprender a disparar con la izquierda…

A pesar de su discurso, la venganza del trandoshano terminó justo ahí, ya que, del interior de la bañera, de debajo de la espesa espuma, cuatro disparos de bláster salieron hacia su pecho, tumbándolo en el suelo… para siempre.

El wookiee observó su «obra de arte» y, para sorpresa de cualquiera que hubiera estado allí para observarlo, habló toscamente en el idioma básico galáctico estándar:

—Cuando disparar, no decir nada…

Rematando su sentencia con un gruñido socarrón.

En otra casa en ruinas, Han Solo acariciaba una pequeña criatura peluda entre sus manos, algún tipo de ser salvaje pero cariñoso que se había subido a su regazo mientras aguantaba el bombardeo imperial. Sin embargo, entre las grandes explosiones, el corelliano había podido escuchar algo más, unos disparos.

—Cada arma tiene su voz… y esa la conozco.

Sin avisar a nadie se levantó de su asiento y salió a la calle. Todos los hombres de Fett lo observaron, salvo él mismo, que permanecía tumbado en una cama con su casco reposando sobre su pecho.

—Hank, síguelo —ordenó Fett sin abrir los ojos.

Obedientemente, el hombre del mandaloriano se levantó y siguió a Solo, que ya se encaminaba por los porches de las casas de la calle principal, en busca de su antiguo socio; pero, cuando quiso darse cuenta, Han había desaparecido de su vista.

Temiendo las represalias de Fett, corrió para encontrarlo, pero fue a él al que encontró un disparo de bláster que impactó en su estómago, quitándole la vida… había sido Han Solo.

Chewie estaba jugando con el agua cuando unos golpes a la puerta de su habitación lo interrumpieron. Bramó molesto y cogió su bláster —como echaba de menos su ballesta— y se acercó a la puerta con cautela, sabiendo que cualquiera que estuviera al otro lado

sería una amenaza para él. Sin embargo, cuando se dispuso a abrir, un chasquido le advirtió que lo apuntaban desde atrás.

El corelliano sostenía en sus manos un arma que apuntaba al wookiee remojado de pies a cabeza.

—Deja el arma y sécate —le ordenó Han.

Chewie obedeció, pero la curiosidad le podía, así que no dudó en preguntarle cómo había salido del campo de prisioneros.

—Muy fácil, he salido en compañía de tu viejo amigo Boba Fett —respondió Solo.

El wookiee bramó acusándolo de traidor.

—No, usa el cerebro… Si hubiera hablado no me verías ahora aquí.

La boca de Chewbacca emitió un gruñido suave pero cargado de interrogantes.

Solo asintió.

—Sí, solo yo sé mi mitad.

Chewie sonrió, siempre le había caído bien Solo, pero ahora que parecía que quería seguir trabajando con él en lugar de con Fett, no dudó en querer resolver ese pequeño problemilla que era el mandaloriano para seguir adelante con la búsqueda de los doscientos mil créditos.

—Escucha —lo interrumpió el humano—, olvide decirte un detalle, Fett no está solo, son cinco.

Chewbacca resopló asqueado.

—Y todos rápidos —añadió Han.

El wookiee gruñó enfadado, pero se encogió de hombros, acabaría con todos ellos.

El cuerpo sin vida del hombre de Fett, fue puesto frente a sus ojos.

—Le disparo a bocajarro —dijo uno de los que lo habían llevado.

El mandaloriano miró al exterior, hacia la calle de aquel pequeño pueblo medio derruido por las bombas que seguían cayendo sobre él. De entre las nubes de polvo que se habían apoderado del villorrio, apareció la silueta alta y peluda de un wookiee.

—Mira quién está ahí —anunció Fett con sorna.

—El otro no andará lejos —dijo uno de sus hombres.

—Y vienen a buscarnos —apuntó Boba y, mirando a sus hombres, dijo—: Tened cuidado, son dos y no vienen a discutir.

Fett lo sabía bien, conocía a Chewbacca y a Han Solo desde hacía el suficiente tiempo como para saber que no eran simples rateros espaciales, sino auténticos cazarrecompensas… como él.

Por el deteriorado suelo de la calle principal, el wookiee seguía avanzando hacia Fett, dispuesto a sacárselo de encima, ya que solo era una molestia en su camino hacia los doscientos mil créditos. Sin embargo, sabía que no sería una tarea fácil. Por suerte, no estaba solo.

Mientras veía como los hombres de Fett empezaban a rodearlo, los nervios empezaron a hacer mella en él; por eso, cuando a su lado escuchó un crujido se giró dispuesto a disparar, pero se encontró con el rostro sonriente de Han Solo.

—¿Quieres morir solo, Chewie? —le preguntó Solo desde detrás de una destrozada pared antes de unirse a él.

Los dos pistoleros siguieron adelante sin miedo, vigilando a todos los rincones de aquella callejuela que se había convertido en el patio de juegos de aquella panda de cazarrecompensas.

Haciendo gala de su talento con las armas, la pareja formada por el wookiee y el humano fueron quitándose de encima a todos los hombres de Fett, no importaba si les disparaban desde un tejado, desde la espalda o desde un tejado.

Cuando el último cayó gracias al rápido bláster de Han, Chewie le gruñó algo.

—De acuerdo, Fett es cosa tuya —respondió Solo.

Sin embargo, cuando ambos llegaron al refugio en el que Fett se había escondido… estaba vacío y no había rastro del mandaloriano. Solo una noto que Chewie intentó leer, pero había una palabra que no conseguía comprender, por eso Solo se la arrebató de las manos y leyó en voz alta:

—Nos veremos, idiota… es por ti.

# IX

Sin saber a dónde habría podido ir Fett, Han Solo y Chewbacca recorrían los lindes de un pequeño bosque a lomos de sus speeder, cuando el wookiee advirtió a su compañero de que se detuviera.

Ya a pie, Chewie comprobó donde estaban en un pequeño mapa digital que había sacado de uno de los bolsillos de su cartuchera, y Han Solo se acercó a él.

—¿Y el cementerio? —preguntó.

Chewbacca escondió el mapa, no quería que Solo descubriera la otra mitad del paradero del botín; en su lugar, señaló hacia el frente y gruñó unas indicaciones:

—Será mejor atravesar el puente de noche.

El wookiee se encogió de hombros y empezó a andar, cuando de repente un grupo de soldados rebeldes aparecieron de entre la maleza para detenerlos.

—Señores —dijo un joven oficial acercándose a los sorprendidos cazarrecompensas mientras les quitaban las armas, y, dirigiéndose a uno de sus hombres, añadió—: Avisa a la comandante.

Solo y Chewie no sabía cómo reaccionar, no esperaban caer en manos de la Alianza tan pronto, pero ahí estaban de nuevo.

—Por favor, quieren seguirme —les dijo el oficial invitándolos a ir tras él hacia lo que era un enorme campo de batalla.

Frente a sus ojos se extendía un enorme terreno surcado por trincheras que se acercaban hasta la orilla de un río… el mismo que ellos debían cruzar para llegar al cementerio de Sad Hill.

De nuevo, volvían a estar rodeados de soldados dispuestos a dar sus vidas por la Rebelión. El oficial los condujo hasta una zona a la sombra, a medio camino del puente.

—Los hemos sorprendido aquí cerca, mi comandante —anunció dirigiéndose a una mujer joven no muy alta cuyo enrevesado peinado llamaría la atención de cualquiera.

La mujer se giró para observarlos mejor. Aunque al principio no dijo nada, su expresión cansada y sus ojeras indicaban que hacía demasiado tiempo que duraba aquella guerra.

—¿De dónde eres? —le preguntó a Solo.

—De Corellia —respondió el cazarrecompensas.

La chica suspiró y miró al wookiee.

—¿Y tú? —preguntó.

Chewbacca se encogió de hombros a la vez que respondía, como si un wookiee podía ser de otro lugar que no fuera Kashyyyk.

Ella asintió.

—¿Qué es lo que buscabais aquí?

Dando un paso adelante, Chewie saludó de forma militar, fingiendo que estaban deseando de entrar en combate como rebeldes.

—Entonces aprende a conocer la graduación… no me asciendas —le dijo la chica acercándose al wookiee al que miró desde abajo. Entonces se dirigió a los soldados que habían traído a Chewie y Solo—: Fuera de aquí, iros a hacer testamento puede que hoy os toque a vosotros.

Aquellos hombres asintieron y abandonaron el pequeño puesto de mando de la comandante.

—Así que queréis enrolaros, ¿eh? —preguntó con una sonrisa socarrona en los labios—. Antes os haré un examen.

Se acercó a Han hasta que entre sus cuerpos apenas había unos centímetros de distancia y lo miró directamente a los ojos, como si buscara algo en ellos. Han Solo sonrió de forma seductora. Tras unos segundos, la chica encogió el labio superior con gesto de asco y regresó frente al wookiee, e hizo lo mismo. Pero el wookiee, en lugar de mostrarse altanero, bajó la cabeza y sollozó como un perrito faldero.

—¡Eeeh! Tú harás carrera en el ejército —le dijo a Chewbacca—. Llegarás por lo menos a coronel.

Chewbacca rumió una pregunta, desconfiado.

—Seguro, como dicen los libros, tú eres el típico experto en manejo de las armas.

Chewie sonrió.

—Tenéis lo que se llama el espíritu de combatividad… voluntario.

Después de un instante en los que nadie se atrevió a decir nada, ya que, a pesar de su pequeño tamaño, la comandante parecía dirigir a sus hombres con firmeza.

—¿Queréis enrolaros? Entonces, venid, venid… Ánimo.

La comandante empezó a andar mientras que los otros dos la siguieron obedientemente, la chica parecía que tenía ganas de hablar y ellos no serían los que le llevaran la contraria.

—Pronto seréis los gloriosos soldados del puente de Madra, dos asaltos diarios —les explicó mientras andaban entre los hombres de las trincheras.

Chewie le preguntó algo, sorprendido.

—Claro, el Imperio ha decidido que el puente es la clave de esta región… ese estúpido e inútil puente… una mota de polvo en los planos del alto mando… —escupió con desprecio la chica, claramente molesta—. Y el alto mando ha decidido que tomemos la mota del mapa… aunque reventemos… porque de otro modo, la clave no sirve para nada. —La chica soltó una carcajada irónica—. Pero eso no es todo, el puente lo quieren intacto… lo quieren intacto los imperiales y lo queremos intacto nosotros… —aclaró mientras miraba de lejos aquello que se había convertido en el objeto de su vida—. Caeréis soldados, os marchitaréis bajo tierra, pero el puente quedará en pie.

Tras unos segundos de contemplación lejana del puente, la chica volvió a avanzar entre sus hombres, acercándose cada vez más al río.

—¡Eh! No está bien que yo hable así a dos voluntarios —exclamó deteniéndose de golpe—. Pero he hecho cosas peores… He mandado volar el puente, aquí dentro —

añadió señalándose la sien—. Sí, es un crimen, un crimen de consejo de guerra, nada menos que soñar con volar el puente de Madra.

Entonces, Solo se atrevió a hacer una pregunta:

—¿Por qué no lo vuela de verdad?

—¿Creéis que no lo había pensado? —replicó ella entre molesta y sonriente—. Hasta tengo estudiado un plan.

Los otros dos la miraron con gesto interrogativo.

—La hora mejor es después del ataque, cuando hay una tregua para retirar a los heridos… Si lo hiciera, salvaría miles de vidas.

Una explosión estalló a pocas decenas metros de ellos, pero la comandante no se movió, como si hubiera escuchado el trinar de un pájaro.

—Pero me falta el valor —apuntó finalmente, dando por fin explicación de por qué el puente seguía en pie.

Nuevas explosiones sonaron cerca de ellos que hicieron que todos, incluidos Chewie y Solo, se pusieran a cubierto.

—Empieza la matanza de todos los días —dijo la chica.

Entonces apareció un oficial e informó a la chica:

—Comandante Organa, las compañías esperan la orden de ataque.

—Sí, ahora mismo —respondió ella con desgana.

Las explosiones no cesaron ni un segundo, sin embargo, Organa parecía actuar con total normalidad mientras se preparaba el uniforme para el ataque.

—Venid, venid a gozar del espectáculo —les dijo a sus dos nuevos reclutas.

Desde detrás de una trinchera, el wookiee y su compañero vieron como centenares de hombres se preparaban para hacer frente al ataque de los soldados imperiales, mirando al otro lado del río. Entonces, por encima de todos ellos, apareció la pequeña figura de la comandante Organa que, a pleno pulmón, exclamó:

—¡Compañías, preparadas!

Haciendo que su voz rebotara en las colinas de alrededor, como si fuera la de un dios.

—¡Compañías… Adelante! —gritó pasados unos segundos a la vez que empezaba a correr hacia el puente seguida por todos los soldados rebeldes.

Atónitos, Chewbacca y Solo vieron lo que sucedió a continuación, como los hombres de ambos bandos se disparaban sin piedad, en una tormenta de luces de verdes y rojas.

—Nunca he visto morir tan estúpidamente, ¿qué te parece? —No pudo evitar decir el corelliano mientras los bombardeos de rebeldes e imperiales se concentraban sobre las tropas enemigas… evitando el maldito puente—. Esta maldita guerra lleva trazas de durar mucho.

Entonces, el wookiee, apoyado en poste, gruñó algo señalando al otro lado del río.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

Chewie sonrió y negó con la cabeza, y volvió a señalar al otro lado.

—¿Y si por casualidad, se atreviera alguien a volar el puente?

El wookiee lo observó y gruñó.

—Sí, puede que fueran a matarse a otra parte.

Una bomba cayó muy cerca de ellos y ambos se encogieron en la trinchera, percatándose de que se habían apoyado justo al lado de una caja de explosivos… El destino les acababa de hablar.

En ese preciso instante, las voces de algunos oficiales se oyeron cerca de ellos.

—¡Rápido, el médico! ¡La comandante está herida!

Y, poco después, encima de una camilla apareció aquella bella chica que, a pesar de ser pequeña y estar malherida, seguía conservando aquella mirada que la había hecho ascender hasta puestos de mando importantes.

Mientras los médicos y los sanitarios hacían su trabajo en el ensangrentado cuerpo de la chica, Solo y Chewie se acercaron a ella.

—Ten el oído alerta —le aconsejó el corelliano y, guiñándole un ojo, añadió—: Haremos un poco de ruido.

Sin añadir nada más, la pareja de forajidos cogió la caja de explosivos y empezó a avanzar entre heridos, moribundos y soldados en retirada hasta que se hicieron con una camilla, en la que cargaron los explosivos y se encaminaron hacia primera línea de combate… justo debajo del puente.

De forma metódica e intentando pasar desapercibidos entre los médicos que recogían a los heridos, Chewie y Han empezaron a colocar las cargas en los pilares del puente, sumergiéndose en las cristalinas aguas del río que cruzaba.

Mientras trabajaban, el wookiee gruñó.

—Sí, claro, sé que esta vez podemos morir los dos —contestó Solo—. Pero sería mucho peor si muriera uno solo, el otro no podría encontrar nunca los créditos… y sería una verdadera lástima.

En el puesto avanzado de mando, la joven comandante Organa luchaba por su vida en manos de los médicos.

—Doctor… Doctor… Hágame vivir un poco más, espero ver algo —le pidió al hombre que la estaba atendiendo.

Con el agua llegándoles hasta el pecho —en el caso del wookiee hasta la cintura—, Chewbacca seguía emitiendo suaves bramidos, como si pensara en voz alta.

—¿Y por qué no? Digamos cada uno su mitad —dijo Solo encogiéndose de hombros.

Chewie gruñó una respuesta.

—Yo creo que es mejor que empieces tú —replicó el corelliano.

Tras unos segundos de dudas y muchos titubeos, Chewbacca gruñó con fuerza, como si estuviera vomitando la información, y después emitió un fuerte alarido hacia su socio, esperando que también dijera su parte.

—El nombre de la tumba es Jar Jar Binks.

Chewbacca gritó, no se creía las palabras de Solo… nunca conseguiría confiar en alguien, y mucho menos si había mucho dinero de por medio.

—Sí, seguro que sí —respondió Solo a la insistencia de Chewie mientras prendía programaba la cuenta atrás de los explosivos.

Sin demorarse más, mientras unos dígitos rojos advertían de que la explosión estaba cada vez más cerca, Solo y Chewie se alejaron del puente tanto como pudieron para refugiarse en una trinchera… con más o menos dignidad.

Sin que nadie pudiera esperárselo, el puente de Madra estalló en miles de pedazos, liberando de una muerte inútil a centenares de hombres, y limpiando la consciencia de una comandante que, por fin, podía descansar en paz.

Sin embargo, en lugar de detener el ataque, ambos bandos empezaron a dispararse con la artillería pesada de un lado al otro del río. El incesante sonar de las explosiones y el hecho de poder moverse, hizo que tanto el wookiee como el corelliano permanecieran ocultos en su trinchera… hasta que se quedaron dormidos.

# X

Cuando despertaron, el polvo se había depositado en el suelo, y las pruebas de que allí había habido un campo de batalla eran pocos, solo algunos cuerpos, restos de metralla y los socavones de las trincheras.

El sol de la mañana y el trinar de los pájaros hicieron que Solo fuera el primero en alzar la cabeza.

—¡Chewie, eh! —gritó a su socio a la vez que le daba una patada para que se despertara.

El wookiee gruñó molesto por el brusco despertar, pero en seguida comprendió lo que sucedía, estaban solos y podían cruzar el río sin obstáculos. El panorama que les esperaba al otro lado no era muy diferente, la desolación de los muertos en combate no distinguía el color de los uniformes, por lo que se apresuraron a dejar atrás el emplazamiento del puente de Madra.

Sin embargo, en una pequeña cabaña, Solo se encontró con un muchacho moribundo vestido con el uniforme imperial… por lo visto la guerra tampoco distinguía en edades.

Lentamente se acercó a él, vio las graves heridas en su estómago y decidió cubrirlo con su chaqueta, para que no pasara demasiado frío en los últimos instantes de su vida… pero estos no se alargaron demasiado, ya que el chico perdió la consciencia al cabo de pocos segundos.

El corelliano decidió dejar allí su chaqueta y coger una tela que parecía una manta, gruesa para el frío y lo suficientemente holgada para que no frenara sus movimientos al desenfundar.

Al salir de la cabaña, vio como Chewie se alejaba de él encima de un speeder, pero con lo que no contaba el wookiee era que Solo no solo sabía disparar blásters… también sabía manejar los cañones de artillería. Ni corto ni perezoso, el cazarrecompensas y pulsó unos botones del cuadro de mandos de un cañón imperial que había sido abandonado durante la retirada, cuyo disparo cayó a escasos metros del vehículo del wookiee, haciendo que cayera.

Pero cuando el segundo disparo cayó sobre él, la cabeza de Chewbacca chocó con algo duro, de piedra… una lápida. Sin querer darse cuenta, por fin había llegado al cementerio.

Alzando los brazos lanzó un bramido de júbilo y empezó a correr entre las tumbas llevado por la emoción del momento, leyendo cada una de las lápidas y señales en las que había los nombres de los cuerpos que las ocupaban. Solo tenía que encontrar la de Jar Jar Binks. La tarea no era fácil ni sencilla, pero el botín que había bajo aquella tumba merecía la pena de perder horas e, incluso, días para hallarla.

Sin embargo, al cabo de unos minutos haciendo que sus pies corrieran por el polvoriento suelo de aquel cementerio del planeta Socorro, sus ojos dieron con el nombre que tanto anhelaba leer.

Con una sonrisa en los labios, se detuvo frente a la tumba y, eufórico, empezó a cavar con sus propias manos en el suelo, para sacar toda la tierra que lo separaba de sus preciados créditos imperiales. Hasta que, por fin, tocó el metal del ataúd… pero su alegría duró poco, ya que una sombra se perfiló frente a él, era Han Solo, que le arrojó una pala.

—Con eso lo harás mejor —le aconsejó.

Chewie hizo el ademán de desenfundar su bláster, pero Solo le mostró el suyo, así que se hizo atrás y cogió la pala, dispuesto a cavar en la tumba de Jar Jar Binks… pero otra pala entró en acción, la que le acababa de lanzar Boba Fett.

—Entre dos lo haréis más aprisa —les dijo el mandaloriano apuntándolos con su bláster.

Si bien Chewbacca no dudó en hacer lo que le decían, Solo no se movió.

—Y tú, ¿no ayudas? —le preguntó Fett.

Fett acercó el dedo al gatillo, pero Solo no se inmutó.

—Aunque cavarais un año no aparecería —afirmó Han con una sonrisa en sus labios.

—¿Por qué? —preguntó la voz de Fett desde el interior de su casco.

—Porque aquí dentro —empezó a decir Solo a la vez que levantaba la tapa del ataúd de Jar Jar Binks— no están los créditos.

Los otros dos observaron el interior del ataúd, que solo contenía el deteriorado esqueleto de un gungan.

Molesto, Chewbacca se levantó y cogió una de las palas, dispuso a golpear al corelliano.

—¿Y tú esperaba que confiara en ti? —le preguntó Solo—. Doscientos mil créditos es mucho… y tenemos que ganarlo.

—¿Cómo? —preguntó Fett.

Han miró el suelo a su alrededor y cogió una piedra.

—El nombre de la tumba lo escribiré aquí… —explicó y, mirando a Fett, añadió—: El bláster. —En cuanto vio que el mandaloriano le hacía caso y bajaba su arma, se apartó de ellos mientras garabateaba algo en la piedra y la dejaba en el centro del círculo enlosado con piedra que presidía el cementerio.

Entonces los otros dos comprendieron lo que vendría a continuación. Lentamente, Solo se alejó de la piedra andando de espaldas sin perder de vista a los otros dos. Por su parte, Fett empezó a andar hacia la posición que parecía convenirle más para el duelo en el que estaba a punto de batirse con el wookiee y el corelliano. Sabía que era uno de los seres más rápidos de toda la galaxia, pero los otros dos también lo eran.

El silencio se apoderó del lugar, solo el crujir de las piedras bajo sus pies indicaba que allí había alguien más a parte de los muertos. Uno a uno fueron mirándose a los ojos, esperando que llegara el momento para desenfundar sus armas, acercando sutilmente las manos hacia sus empuñaduras… en una situación como aquella no se podía ser el más lento, ya que ese no solo perdería doscientos mil créditos, sino también la vida.

Pero, de repente, todo pasó en un segundo, como si las mentes de los tres cazarrecompensas estuvieran conectadas, supieron que el momento había llegado y desenfundaron y apretaron el gatillo… casi a la vez. Y fue ese casi el que diferenció a los vencedores de los vencidos.

Fett cayó de espaldas al recibir el disparo del arma de Solo, porque la de Chewie no había emitido ningún destello de luz. Sin piedad, antes de que el mandaloriano pudiera levantarse, Solo volvió a disparar para hacerlo caer en el interior de una tumba vacía. La vida del temido Boba Fett había llegado a su fin.

Con una sonrisa en los labios, Han se acercó al centro del círculo para recuperar la piedra en la que había escrito el nombre de la tumba. Pero entonces, Chewie empezó a gruñir y gritar enfurecido al comprender que el corelliano le había descargado el arma.

—Lo hice anoche —respondió mientras regresaba hacia la tumba de Jar Jar Binks—. Verás, el mundo se divide en dos categorías: los que tienen el bláster cargado y los que cavan… Tú cavas.

Chewbacca gruñó nervioso y se enfureció al ver que Solo le señalaba la tumba sin nombre que había al lado de la de Jar Jar Binks.

—Tampoco está —respondió Han mostrándole la piedra en la que supuestamente había escrito el nombre de la tumba.

—Darklighter había dicho tan solo: la tumba sin nombre junto a la de Jar Jar Binks —explicó Han y, al ver que Chewie no se movía, le ordenó—: Cava.

Tras un rato sudando bajo el ardiente sol de socorro, Chewbacca pudo ver lo que tanto estaba deseando ver: una tumba llena de cajas con el símbolo del Imperio. Sin esperar ni un instante, reventó un par de ellas con la pala que había usado para desenterrarlas, revelando que su interior estaba lleno de créditos.

Emocionado, cogió los créditos que le cabían en las manos y alzó la cabeza para mirar a su socio, pero en su lugar vio una cuerda que pendía de un árbol cercano, con el nudo del ahorcado en un extremo.

El wookiee sonrió y señaló la cuerda mientras gruñía algo.

—Es una soga, no es una broma. Vamos, pásate por el cuello, Chewie.

Sin querer darse, Chewbacca volvía a estar como al principio de esta aventura, con una soga al cuello, sus pies sobre una inestable lápida y con su vida en las manos de Han Solo. Puede que a sus pies tuviera una fortuna, pero no podía alcanzarla.

Desde aquella incómoda posición, Chewie vio como su hasta entonces socio cogía la mitad de las cajas y las cargaba en el speeder de Fett.

—Otra vez como en los viejos tiempos, mitad para ti y mitad para mí.

Chewbacca gruñó una súplica al que fuera su amigo y colaborador.

—Lo siento —respondió el corelliano.

Y sin añadir nada más, puso en marcha su speeder y se alejó del lugar, dejando al wookiee pendiente de una soga. Sin embargo, Chewie aún tuvo el valor de lanzar un fuerte alarido de protesta, al que nadie hizo caso.

Parecía que el fin había llegado de verdad, y en el peor momento, cuando tenía una fortuna tan cerca de sus pies, y el único que podía salvarlo alejándose en el horizonte, hasta que fue incapaz de verlo.

Pero, cuando parecía que la lápida estaba a punto de romperse el sonido de un disparo retumbó en el horizonte y la soga se cortó como siempre lo había hecho cuando era Solo el que empuñaba el rifle.

Chewbacca cayó de cabeza sobre su botín y Solo se alejó del cementerio, mientras los bramidos insultantes del wookiee lo perseguían rebotando en las colinas que los rodeaban. Pero no le importaba, sabía que el enfado se le pasaría cuando pudiera echar mano sobre el botín… como él ya había hecho.

# Fin